

regular, vinieron sus padres á despertarlás; mas ¡ay! las encontraron tendidas en sus lechos, frías, con el cuello torcido, y la cara vuelta á la espalda.

Resonaron en las tres casas espantosos lamentos. Todo el pueblo asustado corrió á verlas.

— ¡Homicidio! ¡homicidio! gritaban por todas partes; y como recaían las sospechas en el conde de Tumbas, se amontonó el pueblo delante de la posada de la Limaza, y los corchetes de la ciudad entraron, y encontraron al mesonero desconsolado: el conde había partido aquella noche con todos sus criados.

Todo su bagaje, que era inmenso, había desaparecido sin que nadie se lo hubiese llevado. Sus hermosos caballos habían sido arrebatados de las caballerizas, que estaban bien cerradas, sin que ningun portero los hubiese visto pasar.

Fué aquello una consternación general: todo el mundo se persignaba al pasar por delante de las casas de las tres desgraciadas novias; los ricos regalos, los vestidos de boda, los diamantes, cuanto les había dado el conde, desapareció repentinamente.

Una comitiva poco numerosa de hombres envueltos en largas capas negras siguió hasta fuera de las puertas los féretros de las tres muchachas.

Cuando depusieron los féretros en el suelo del cementerio de la iglesia de San Sebáldo, vióse salir de en medio de la muchedumbre un hombre muy alto en quien nadie había reparado todavía.

Todos se pasmaron al ver que aparecía vestido de blanco el que iba poco antes vestido de negro... Entonces aparecieron tres manchas encarnadas sobre su vestido, las cuales chorreaban sangre, y se dirigió hácia el muladar.

— ¡Jesús María! exclamó el posadero de la Limaza; ¡es el muerto que enterramos hace veinte y un días!

Entonces huyeron horrorizados todos los que se hallaban en el cementerio, soplando sobre ellos un viento tempestuoso acompañado de lluvia y nieve. Tres días y tres noches permanecieron los féretros abandonados junto á las hoyas abiertas.

Cuando los magistrados ordenaron en fin que se enterrasen los ataúdes abandonados, y los padres hubieron dado dinero á algunos hombres animosos para desempeñar este piadoso deber, vieron que las cajas eran tan ligeras como si no encerrasen ningun cuerpo; sin embargo, sus tapas estaban muy bien clavadas.

Uno de los sepultureros cobró ánimo y fué á buscar tenazas y martillos, mientras otro iba á avisar al cura y al sacristán.

Cuando abrieron las cajas no encontraron nada dentro; la almohada, la mortaja, la paja que habían puesto en ellas, como se acostumbra, todo había desaparecido.

Enterraron pues los féretros vacíos.

ENRIQUE ZSCHOKKE (1).

### Poesía.

#### EL ECO DE LAS OLAS.

(INÉDITA.)

Duda cruel el pecho me devora,  
Mi corazón se abrasa, arde mi frente  
Y vuela la ilusión encantadora  
Que bella, há poco, iluminó mi mente.

Veloz el llanto asómase á mis ojos,  
Mil suspiros y mil mi pecho lanza,  
En todo encuentro hastío, en todo enojos,  
La luz me abandonó de la esperanza;

Y hallo sombra do quiera, en cuanto veo,  
Sombras solo circundan mi cabeza,  
Y un ténue resplandor no mas deseo  
Que haga la nube huir de mi tristeza.

El sol que al caer la tarde  
Su triste luz dió á los montes,  
En los anchos horizontes  
Del Océano se hundió;

Y al dar á las altas cumbres  
Su postrer fulgor el día,  
Profunda melancolía  
En mi corazón dejó.

Las rojas nubes que ardientes  
Se alejan por el espacio  
Formando el bello palacio  
Donde el sol se va á dormir,

Derramaron su tristeza  
En mi mente que admiraba  
Cómo el tiempo se pasaba,  
Cómo el día iba á morir.

Pero la noche en tanto,  
Breve cuanto callada,  
Por el cielo extendió su negro manto;  
Y pura, plateada,  
Apareció la luna  
Con su corte de astros refulgentes...  
Cual tranquila laguna  
Se muestra el mar en calma,  
Y temblorosas, bellas,  
Se ven en él de nitidas estrellas  
Las luces que reflejan en el alma.  
¡Ah! Bajaré á la arena  
Que besa el mar en plácida armonía,  
Que allí la voz del mundo no resuena:  
Iré á buscar en la ribera amena  
La dulce paz que el corazón ansía.

Ya en mi frente resbalar  
Siento apacible y suave  
La fresca brisa del mar,  
Y es dulce su suspirar  
Como el suspiro del ave.

En ansia febril y loca  
Se estará el mundo agitando,  
Mientras yo sobre esta roca  
Donde casi el mar me toca  
La orilla estoy contemplando...

Las olas veo llegar,  
Las siento á mis piés bullir,  
Llegan la arena á tocar,  
Y las veo luego huir  
Por la llanura del mar...

¡Así llegando y huyendo  
Los siglos fueron pasando,  
Los hombres fueron naciendo,  
Luego al sepulcro bajando,  
Y otros sobre ellos creciendo!

Y en tanto también venían  
Las olas; breves llegaban,  
Al centro del mar huían,  
Y otras la playa besaban  
Que también después morían...

¿Qué me decís, puras olas  
Que, en apacibles rumores,  
De la luna á los fulgores,  
Besáis estas playas solas  
Con ecos murmuradores?

¿Qué decís cuando luciente  
Tiende el sol sus rayos de oro  
En vuestra espuma riente  
Que la tierra dulcemente  
Halaga en rumor sonoro?

¿Qué decís cuando apenada  
Llega un alma aquí á llorar,  
Y huye la borrasca airada  
Del mundo, y viene á buscar  
Aquí la paz anhelada?...

Con la claridad del día,  
Con las tintas de la aurora  
Y con la noche sombría...  
Siempre alzais con alegría...  
Vuestra música sonora...

¡Con alegría!... ¿Quién sabe  
El misterio que encerráis?...  
¿Quién oye si es dulce y suave,  
O triste, doliente y grave,  
El cántico que entonais?

Yo amo aquese rumor lento  
Que percibo en blanda calma,  
Porque acalla mi lamento,  
Porque en el alma lo siento...  
Mas ¿qué le dice á mi alma?...

Las olas me entristecían,  
Y ¿qué con su voz decían?  
Preguntó mi alma apenada...  
Y ellas bullían, bullían...  
Y no contestaban nada...

Y cual leves plumas  
Que van revolando,  
Las blancas espumas  
Se van alejando.

Se alejan y tornan  
La playa á besar,  
Y bellas adornan  
La orilla del mar.

•La luna á sus solas  
Espléndida brilla,  
É inquietas las olas  
Que lamen la orilla,

Ya hermosas reflejan  
Su puro fulgor;  
Ya breves se alejan  
Con sordo rumor.

Y en música suave  
Que á Dios le pidieran,  
El canto del ave  
Con su voz superan;

Al cielo bendicen  
Con dulce canción...  
¡Y nada le dicen  
A mi corazón!...

Un tiempo, ¡tiempo feliz!  
Vos arrullábais mi cuna...  
¡Ay! ¡En el tiempo que el alma  
Aun los dolores no anublan!  
Entonces veía alegre  
De ese mar en la llanura  
El reflejo de mi dicha,  
Y libre el alma de angustias,  
Todo reía á mis ojos,  
Solo soñaba ventura...  
¡Tú que mi sonrisa viste,  
Oye mi voz importuna!

Hoy veo que es el mundo negro oceano  
Que agita la furiosa tempestad,  
Donde perdido el corazón humano  
Cual pobre barco sin piloto va.

Esperanzas falaces nuestra mente  
Finge un día con mágica ilusión,  
Hermosas playas donde el sol luciente  
Derrama esplendoroso su fulgor.

Imágenes de blanca vestidura  
Y de encendidos labios de coral,  
Do quier brindando plácida ventura  
Y mostrando sonrisa angelical.

Y al mirarlas ¡oh Dios! se desvanecen  
Cual humo que la tierra abandonó  
Y cuyas vanas ondas desaparecen  
Al céfiro que leve las tocó.

Hoy recuerdo los días placenteros  
En que junto á estas rocas me adormí:  
¡Cuántos goces mentidos, lisonjeros,  
De placer y de gloria me fingí!

¡Ay! y corrí tras mi ilusión ardiente  
Como corren las olas de la mar  
A la playa que halagan dulcemente  
Con son alegre y blando suspirar.

Y al andar presuroso mi camino  
Miré la gloria ante mi vista huir...  
La ví volar y maldecí al destino  
Que tras su falsa luz me hiciera ir.

¡Ay! ¡Y la ví volar ante mis ojos...  
Y en mi dulce ilusión tanto la amé!...  
Si es la gloria ilusión ¿qué queda? ¡abrojos!...  
¿Qué hay en el mundo que la iguale, qué?

¡Nada la iguala!... Correré tras ella;  
Veo otra vez su resplandor divino:  
Yo seguiré anhelante tras su huella...  
Tendré la palma, y venceré al destino!

Y aunque caiga rodando de la cumbre,  
Otra vez y otras ciento subiré;  
Mi frente ostentará del sol la lumbre,  
Y la soñada gloria alcanzaré.

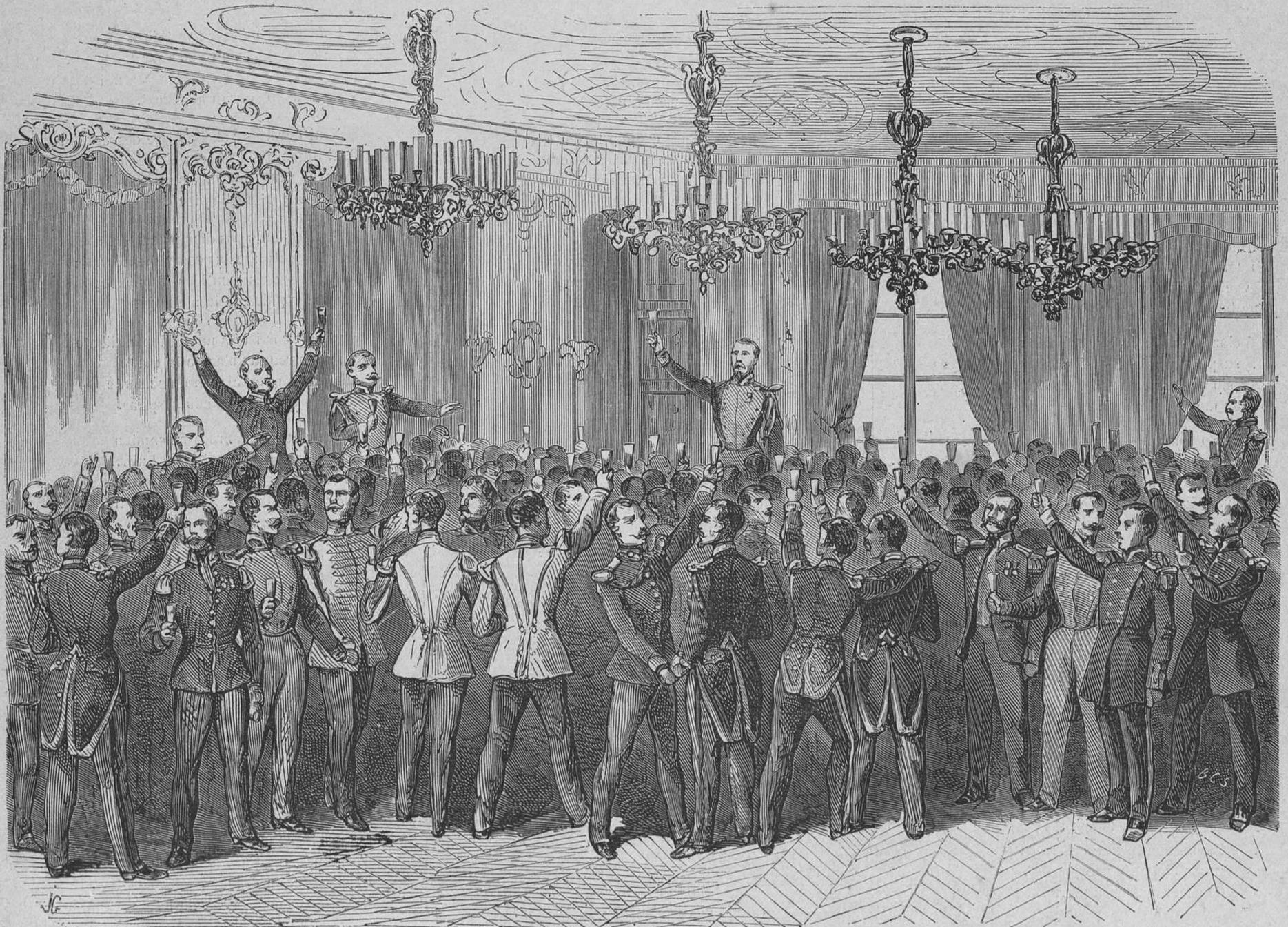
¡Adios, hermosa mar! De ti me apartó;  
Al mundo voy para alcanzar la gloria;  
A otro mar proceloso también parto...  
¡Quizás mañana, cual gloriosa historia,  
Repetirás mi nombre y mi memoria!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

(1) Enrique Zschokke es uno de los novelistas más populares de la Alemania.



LONDRES. — Baile dado en honor del sultan, en el nuevo palacio de la Compañía de la India.



PARIS. — Los músicos militares extranjeros en el banquete dado por la banda de música de la Guardia de Paris, en los Frères Provençaux.

**Baile dado en Londres**

EN HONOR DEL SULTAN.

En nuestro número anterior hemos hecho una breve reseña de los festejos á que ha dado lugar la estancia del sultan en Londres; y hoy vamos á dar noticias particulares sobre una de las fiestas mas notables, cual ha sido el baile que se ha efectuado en el nuevo palacio de la compañía de la India.

Este baile merece seguramente una mencion especial, pues ha sido lo mas grandioso, lo mas lujoso y bello que puede imaginarse; siendo tanto mas notable cuanto que la preparacion del local fué hecha en pocos dias, si bien no se economizaron gastos ni esfuerzos para llenar el objeto. El aspecto que presentaban los salones principales y los diferentes lugares que babian de ocupar los convidados, sorprendia en términos de no dejar aptitud para ordenar una descripcion; y ciertamente que cualquiera que se hiciese quedaria muy por bajo la realidad. Parecia que toda la riqueza, todo el arte, toda la industria y todo el gusto del mundo se habia acumulado allí. En las mesas de cena absolutamente no se veia mas que oro.

Distinguíanse sobre los demás, los dos salones destinados para la recepcion y para cenar Su Majestad Imperial. En este último se habian reunido los objetos de gran riqueza que existen en los palacios reales y que tenian aplicacion á las circunstancias.

En la parte que iba á ocupar el sultan se colocó una especie de trono, en cuyo dosel se hallaba un trofeo de oro macizo, ornado con multitud de objetos artísticos del mismo metal, y banderas antiguas que simbolizan triunfos de Inglaterra.

En la base de este gran trofeo habia una cabeza con los cuartos delanteros de un tigre cuatro veces mas grande que el tamaño natural, de oro macizo.

Seria interminable si se hubiera de enunciar todo lo que habia en aquellas localidades; baste decir que sus múltiples encantos impresionaron al sultan de un modo tal, que en su semblante reveló completamente lo embargado que estaba su espíritu al observar un espectáculo tan sorprendente.

R. S.



EXPOSICION DE BELLAS-ARTES DE 1867.

*Caza del tigre en la India*, grupo en yeso de M. C. E. Masson.**Bellas-Artes.**

EXPOSICION DE 1867.

*Un mal encuentro*, de M. Dieffenbach, produce en nuestro grabado mejor efecto que en el cuadro mismo. Los colores que tienen en el lienzo un brillo excesivo, desaparecen en el grabado dejando todo su valor á la ingeniosa disposicion de los personajes y de los animales. Todo ello rebosa observacion y una gracia cómica que sin embargo no llega á la caricatura; los pintores de la escuela alemana moderna descuellan en este género íntimo.

Tambien es una obra que acusa una imaginacion osada, la *Caza del tigre en la India*, por M. Masson.

El indio se halla montado en un bisonte que se arroja sobre un tigre, en tanto que el cazador prepara su arco y va á lanzar su flecha en la boca del tigre. El hombre y los animales están perfectamente modelados en un grupo recogido con acierto y hábilmente equilibrado.

T. G.

**Revista de Paris.**

Hoy tenemos ya mas noticias que la semana anterior acerca de los preparativos para la fiesta del 15 de agosto, que, como dijimos ya, va á tener lugar en este año de la Exposicion universal un brillo inusitado. La funcion empezará el 14 con salvas de artillería: á las seis de la mañana del 15 se repetirán por la artillería de los inválidos. En todos los distritos habrá repartos de bonos de pan, carne, vestidos y dinero: á las once *Te Deum* en la iglesia metropolitana: desde las nueve entrada gratuita en la Exposicion: á la una representaciones gratis en los principales teatros, en los circos y el hipódromo; en la plaza del Rey de Roma se levantarán además cuatro inmensos teatros, destinados á pantomimas militares. En la misma plaza habrá cucañas, tiendas uniformes para dulces y refrescos, teatros mímicos y pantomímicos, y diversiones de diferentes clases: la plaza y la

avenida del Emperador estarán adornadas con mástiles, escudos, gallardetes y guirnalda de faroles venecianos. A las dos habrá grandes regatas á vela y á remo entre el puente de Alma y el de Jena. Los Campos Elíseos, el jardin de las Tullerías, los muelles de la Conferencia, de Billy y de Orsay, serán decorados y brillantemente iluminados con guirnalda de luces de gas, con bombas de cristal de diferentes colores. Por la noche tambien rodeará el obelisco de Louqsor y las fuentes de la plaza de la Concordia una auréola de fuego: de cuarto en cuarto de hora, los Campos Elíseos serán iluminados desde diferentes puntos por fuegos de bengala. Las iluminaciones del muelle de Orsay, donde se encuentra la exposicion náutica, serán magníficas. A las nueve de la noche habrá grandes fuegos artificiales sobre el arco de la Estrella y en la plaza del Trono: todo esto sin contar con los ornatos é iluminaciones de los edificios públicos.

*Un mal encuentro*, cuadro por M. A. Dieffenbach.

Parece ser que en la plaza de la Concordia habrá una iluminación nunca vista. Los candelabros del alumbrado ordinario reunidos entre sí por guirnaldas de globos, estarán coronados con grupos de cristal blancos y encarnados, y esta misma decoración se aplicará en la avenida principal de los Campos Eliseos hasta el arco de triunfo de la Estrella. Un círculo luminoso marcará el contorno de cada una de las fuentes de esta avenida.

En el jardín de Tullerías una doble hilera de guirnaldas y de grupos de luces dibujará las dos caras de la calle principal, en tanto que las fuentes y los parterres se iluminarán de igual modo.

Calculase que se necesitan sesenta mil globos de cristal para iluminar el jardín de Tullerías, la plaza de la Concordia y la avenida de los Campos Eliseos.

En la plaza del Trocadero, frente al Campo de Marte, se pondrán tiendas de una forma especial. Los teatros de pantomima, las cucañas, etc., se instalarán en la altura, y una magnífica iluminación dibujará por la noche las líneas de la plaza, cuya cumbre estará ocupada por un templo egipcio, con cascadas de un gran efecto. En esto principalmente parece que consistirá la novedad de la fiesta.

Con esta festividad del 15 de agosto, coincide la época de las distribuciones de premios en los establecimientos de enseñanza, y por consiguiente, el principio de las vacaciones. Esta semana han roto la marcha los concursos del Conservatorio imperial de música y declamación, los cuales no han producido un resultado muy satisfactorio. El teatro no puede decir que está de enhorabuena: nadie ha brillado en la tragedia, y en cuanto a la comedia apenas podemos citar dos jóvenes, las señoritas Reichenberg y Delmary, que verdaderamente han merecido premio. En cuanto a la parte de canto, la ópera y la ópera cómica no han estado mal representadas por otras dos jóvenes, las señoritas Brunet-Latleur y Derasse; mas en cambio los tenores han brillado por su ausencia.

Así sucede que los pocos artistas que poseen la voz privilegiada, viéndose sin sucesores, hacen la ley a los empresarios. Ultimamente M. Salvis, director del Teatro de la Ópera de Viena, formó empeño en que el señor Calzolari abandonase las dulzuras de su retiro, sin poderlo conseguir, y eso que empleó para ello las más seductoras promesas.

Un periódico de París, el *Figaro*, publica la carta siguiente, en la cual el célebre cantante rehusa la moneda austriaca en estos términos:

«He pasado muy malos ratos, escribió Calzolari, por espacio de treinta años para allegar los dos miserables millones que poseo en fincas en Milan y en sus alrededores; ¿por qué he de condenarme en lo sucesivo a toda clase de privaciones?»

Yo soy, por ejemplo, un fumador entusiasta; para cuidar mi voz debería dejar el cigarro desde el 15 de setiembre, esto es, desde el día en que me pusiese en camino para San Petersburgo y no podría volver a usarlo hasta después de la última función teatral en Viena, ó sea hasta el 31 de mayo.

Debería también privarme del vino y de toda bebida espirituosa y acostarme siempre temprano; en una palabra, tendría que llevar vida de ermitaño.

La naturaleza reclama más ó menos tarde sus derechos, y creo obrar bien abandonando mi profesión en los momentos en que puedo esperar que mi nombre quede como un buen recuerdo en la memoria de los *dilettanti*, y entregándome a disfrutar en paz los pocos años que me quedan de vida.»

¿Quién no se sometería gustoso a las privaciones de que habla Calzolari, si en unos cuantos años debieran proporcionarle tan buena renta?»

Volviendo al Conservatorio, diremos que no obstante la escasez de alumnos de grandes esperanzas, los diferentes jurados han distribuido durante los concursos 281 recompensas que se dividen de este modo: 47 primeros premios, 39 segundos, 42 primeros accésitos, 38 segundos y 37 terceros; 29 primeras medallas, 25 segundas y 24 terceras.

Su Excelencia el mariscal Vaillant, en el discurso que dirigió a los alumnos del Conservatorio anunció que se había instituido un triple concurso en favor de los jóvenes compositores y que las obras presentadas se ejecutarán en la Ópera, la Ópera Cómica, y el Teatro Lírico. Hé aquí el programa de las condiciones bajo las cuales tendrá efecto el concurso:

En la Ópera el concurso será doble: habrá uno para la composición de un libretto en tres actos y otro para la música del libretto que se juzgue más digno de ser representado en este teatro.

En la Ópera Cómica se dará a los compositores para escribir la música un libretto en tres actos escogido por el director, lo que equivale a decir que ya estará aceptado para la representación.

En el Teatro Lírico cada compositor podrá elegir el libretto que le convenga, sean cuales fueren su género y forma.

Los librettos y partituras enviados al concurso serán juzgados por jurados especiales nombrados por los mismos compositores, y los directores de la Ópera, la Ópera Cómica y el Teatro Lírico asistirán en sus respectivos teatros a las sesiones de los diversos jurados y tomarán parte en sus tareas.

En cada uno de los tres teatros líricos de París la obra coronada por el jurado será representada en un plazo que no podrá pasar de un año.

En el caso en que ninguna de las partituras presentadas sea admitida por el jurado como digna de ser ejecutada en París, el autor de la partitura que sin haber sido coronada, se haya considerado mejor en cada concurso, recibirá

a título de indemnización y de aliciente, una suma de 2,000 francos.

Los primeros concursos tendrán lugar en las épocas señaladas a continuación:

El de la Ópera del 1º de febrero de 1868 al 30 de julio siguiente.

El de la Ópera Cómica del 30 de agosto de 1867 al 30 de abril de 1868.

El del Teatro Lírico desde este día hasta el 30 de agosto de 1868.

Veremos lo que produce esta medida que hace tanto tiempo reclamaban los compositores en ciernes.

A propósito de cosas musicales, se nos ocurre consignar aquí que el Campo de Marte puede llamarse en la actualidad el templo de la armonía. Ya hemos hablado de la magnífica orquesta de Strauss que está dando sus conciertos de despedida en el Círculo internacional, y de las músicas militares de distintos países de Europa, que todas ellas han tocado alternativamente en el jardín reservado, y hoy debemos añadir que a mayor abundamiento, se acaban de organizar distintas orquestas en la galería exterior del palacio que es la consagrada a las fondas y cafés y que de este modo se ha venido a encontrar con un nuevo atractivo.

Ahora bien, en uno de los cafés situados al extremo de la sección alemana, se oye todas las tardes una orquesta que por la originalidad de los músicos que la componen llama mucho la atención de los visitantes. Doce húngaros con el traje tradicional de su país ejecutan con un brio sin igual himnos nacionales, walses y polkas. Cuatro de ellos tocan los primeros violines, luego vienen cuatro segundos, un violoncelo, un contrabajo, un clarinete y un instrumento húngaro, sobre cuyas cuerdas pega el músico con palillos envueltos en algodón. Es como una especie de piano rústico.

Lo más curioso es que estos instrumentistas maestros no saben música; cada cual ha aprendido su parte de oído, escuchando al director de orquesta. No hay persona que visite esta sección de la Exposición universal que no se pare un instante a oír a los húngaros.

Ya que estamos en el Campo de Marte y tratando de las curiosidades que contiene, vamos a describir un reloj ingenioso cual ninguno, digno de llamar la atención de los aficionados a las obras mecánicas.

Una gran armazón de bronce de cuatro pies de alto, ricamente adornada de figuras de bronce y cobre del gusto del Renacimiento, contiene tres regulares esferas, cada una de las cuales tiene un uso distinto. La esfera del medio es la de un reloj de precisión, que marca las horas, los minutos, los segundos, los días, los meses y los años. Las esferas de la derecha y de la izquierda son un barómetro y un termómetro.

Al tiempo de dar la hora, ó mejor dicho, al terminar la última campanada, el mecanismo se pone en movimiento, ofreciendo el más curioso y original espectáculo: la creación del mundo. La parte superior del armazón se transforma; una gran nube de vapores y emanaciones se extiende por encima. Jehovah aparece, y a su presencia las nubes se disipan, el firmamento se forma, la mar se crea, la tierra sale del caos cargada de árboles cubiertos de frutos; los animales desfilan a la vista, paseándose por los senderos del paraíso, y los pájaros vuelan en todas direcciones, cantando cada cual sus melodías especiales.

Jehovah quiere acabar su obra creando al hombre y la mujer, y el drama de la tentación empieza. Todas estas figurillas son ágiles y elegantes: multitud de articulaciones les permiten tomar todas las posturas y hacer todos los ademanes necesarios. La serpiente empieza a ejercer su seducción, rastreando y enroscándose en el árbol de la ciencia...

En fin, cometida la falta, Dios pronuncia su inmutable decreto, y el arcángel con su fulgurante espada, arroja del paraíso a nuestros primeros padres.

El drama concluye: la tierra desaparece, el firmamento se hunde, la última nube se evapora, y las puertas del armazón se abren para dejar ver el interior del mecanismo, que es verdaderamente prodigioso. Diez y siete años de trabajo, y unas veinte y cinco mil piezas de acero ha necesitado el inventor para llevar a cabo esta obra. La representación del drama bíblico dura veinte minutos.

El inventor era un mecánico de la Auvernia, llamado Aunet Pardoux, que habiendo muerto en 1834, cuando su obra estaba en proyecto, fué sustituido por su hijo con tan buen éxito, que de hoy más habrá de citarse este reloj como acabado modelo de atrevimiento mecánico.

No obstante tantos alicientes, la Exposición universal no tiene actualmente las entradas tan considerables que tuvo en los primeros días. De cuarenta a cincuenta mil personas la visitan hoy diariamente, en vez de las ochenta ó cien mil que hubo al principio. Es verdad que se ha concluido el atractivo de los soberanos, pues cada vez que se sabía ó se suponía que el emperador de Rusia ó el rey de Prusia se podrían encontrar en el Campo de Marte, se desolaba el París desocupado para ir a verlos. Cada día se recuerda en las crónicas de los diarios, la importancia de semejantes visitas. Como término de comparación sobre lo que fueron antiguamente estas visitas de soberanos y lo que son en el día, se ha exhumado de los archivos de la librería imperial de Lorena, un documento fechado el 19 de junio de 1717, enviado desde París, y escrito por una persona llamada Sergent, al duque Carlos de Lorena, dándole cuenta de la permanencia de Pedro el Grande en la capital. En dicha carta se lee el párrafo siguiente:

«El viernes hubo una revista de las tropas de la casa real en la llanura llamada de los *Sablons* en obsequio del czar. Pedro el Grande iba montado y admiró la belleza de las tropas y la magnificencia de sus uniformes; estaban presentes todos los príncipes. El duque de Maine mandaba los suizos y el príncipe de Soubise los gendarmes. Dicese que el czar no usó la más pequeña atención ni con los príncipes ni con los oficiales. Después de esta revista, que duró dos horas y a la que concurrieron más de tres mil carruajes llenos de curiosos, el czar fué a Saint-Ouen en donde cenó con el duque de Tresmes.»

Parece ser que el czar se mostró muy económico, pues la misma carta dice después:

«Dió dos coronas a los que le llevaron un regalo de tapicería de Gobelín que le hizo el rey... Una moneda de veinte y cinco sueldos a algunos oficiales que le obsequiaron con refrescos, chocolate, té y café... Un peluquero le trajo días atrás una peluca; después de ponérsela la encontró demasiado larga, y tomando unas tijeras la recortó a su antojo. Hecha esta operación dió siete francos y diez sueldos al peluquero y se guardó la peluca cuyo valor excedía de veinte y cinco coronas.»

¿Qué diferencia de tiempos! Hoy los gastos del czar en París suman algunos millones.

En cuanto a los espectáculos públicos de la semana, lo único que tenemos que señalar es una escena conmovedora que turbó noches pasadas la representación de la *Biche au bois*.

Desde hace algún tiempo figura en esta pieza de grande espectáculo el célebre domador Batty con su numerosa colección de fieras. Batty, que desempeña el papel de un personaje llamado Mohamed, está a las órdenes de una princesa que le manda arrojar una rival a las fieras, las cuales deben ser excitadas para que aparezcan furiosas.

Eran pues las once y media de la noche, la función estaba para concluirse y el domador, después de haber terminado sus ejercicios, se inclinaba para salir de la jaula, cuya puerta es muy baja, cuando de repente una leona se precipita sobre él, le muerde en el muslo derecho y echándole una garra a espalda le arranca un pedazo de carne.

El espanto y la emoción de los espectadores en presencia de este horrible cuadro, son indescriptibles. Bajaron el telón y mucha gente salió del teatro; pero aun quedaron bastantes personas que no querían salir sin saber noticias del domador. Con efecto, al cabo de un cuarto de hora levantaron de nuevo el telón y Batty, a pesar del triste estado en que se hallaba, se presentó a saludar al público, que le aplaudió estrepitosamente.

Digamos ahora la causa del accidente.

La leona que se arrojó sobre su amo había parido aquella misma noche cuatro cachorros. Los leones que se hallan encerrados en la misma jaula habían recibido de mala manera este aumento de huéspedes, y movidos por su feroz instinto habían devorado a tres de los cachorros, y lo mismo habrían hecho con el cuarto si la madre no le hubiese amparado detrás de ella en un rincón de la jaula. La pobre madre se mostró todo el día triste y abatida y aun se negó a tomar alimento; sin embargo, cuando salió a la escena en la jaula tomó parte como los demás animales en los ejercicios que el domador les ordenaba.

Al tiempo de retirarse Batty distinguió el cachorro, y temiendo que fuese devorado como los demás, le tomó para llevarsele: entonces la madre se puso furiosa y maltrató al domador como hemos dicho.

Afortunadamente las heridas, que se creyeron muy graves al principio, están hoy en buena vía de curación. Sin embargo, la autoridad prohibió a los domadores que se presentaran de nuevo en la jaula de las fieras; mas como está prohibición quitaba todo el interés que hallan los aficionados en semejante espectáculo, los interesados reclamaron y la autoridad ordenó que se nombrara una comisión de hombres especiales con encargo de apreciar el peligro que pueden ofrecer estos ejercicios. Ahora bien, de las deliberaciones de esta comisión ha resultado que no hay inconveniente en que se prosigan los tales ejercicios, y ya en la actualidad trabaja un domador llamado Lucas en reemplazo de Batty.

Los periódicos de teatros publican la lista de la compañía que ha de actuar en la próxima temporada en el Teatro Italiano. Hé aquí los nombres de los artistas que la componen:

Soprani et contralti: Señoras Patti, Tiberini, Krauss, Harris, Grossi, Simoni, Llanes, Rosello.

Tenori: Señores Mongini, Tiberini, Nicolini, Gardoni, Ubaldi.

Barytoni et bassi: Señores Steller, Cresci, Agnesi, Verger, Scalese, Ciampi, Selva, Mercuriali, Fallar.

Por causa de la Exposición universal, parece ser que este año se abrirá el teatro el 1º de setiembre, esto es, se adelantará un mes el periodo ordinario de la temporada.

MARIANO URRABIETA.

## Ciencias.

## IDEA SOBRE EL ORIGEN É HISTORIA DE LA MEDICINA.

Cuando el hombre se encontró en medio del universo, sin distinguirse de los demás animales mas que por un instinto superior, las primeras ideas que le habian de ocurrir con precision serian las de prolongar y conservar su vida.

Respecto de la primera, solo buscando alimentos de los árboles y yerbas es como lo conseguia; pero sobre su conservacion encontró muchas dificultades, porque luego que una variacion de estaciones, causas accidentales que no estuvieran á su alcance y que tal vez fuesen producidas por su ignorancia, daban principio á enfermedades, que le afligian mucho mas que á nosotros, en razon á que no sabia cómo atenuar aquel daño que le atormentaba sin compasion; cediendo á la influencia del mal, se postraba para ver si el descanso le volvia al estado normal de sus funciones; pero la enfermedad seguia su curso: y entonces fué cuando, observando cómo se curaban los irracionales, empezó por aplicarse á sí mismo lo que deducia él de su observacion.

Aprendieron, segun Plinio y Polidoro, á sangrarse, porque habian notado que el hipopótamo ó caballo de río, cuando conoce que tiene abundancia de sangre, sale á la ribera, y revolcándose entre los zarzales y cañas puntiagudas, se saca la suficiente, y luego se tapa las heridas con el lodo de la playa.

Tambien aprendieron á purgarse por medio de lavativas, del ave ibis sagrada; así como se cree que la cigüeña enseñó á los egipcios este último remedio, porque observaron que se hacia varias inyecciones con su pico, y al instante desalojaba el vientre.

Ultimamente, todos los remedios eran efecto de la imitacion, analogía y casualidad.

Los egipcios dan otro origen á la medicina; la consideran comunicada por sus dioses, y este origen tan fabuloso solo era propio de esa nacion que, envanecida con su antigüedad, se adjudicaba el derecho de crear fábulas, y se jactaba de que sus primeros legisladores fueron divinidades: de modo que creen deber sus conocimientos medicinales á Osiris, Apis, y con especialidad á Amon, rey de Egipto.

Los sacerdotes de este pueblo poseian dos libros atribuidos á Mercurio, que trataban de algunas enfermedades, instrumentos quirúrgicos, y muy pocas plantas.

Los habitantes del Cairo y los babilonios sacaban sus enfermos en medio de la calle, para que el que hubiese padecido igual enfermedad aplicase los remedios que á él le hubieran servido, conservando inscripciones de sus resultados en las columnas de los templos, siendo el de Isis el que mas rico estaba de estos monumentos.

Unicamente sus sacerdotes poseian esta ciencia, habiendo formado un código sagrado que prescribia el tratamiento de las enfermedades, cuya práctica, si no era exactamente observada y el enfermo perecia, el sacerdote médico sufría igual suerte.

Esta gerarquía sacerdotal se dividia en alta y baja. La primera consultaba el vuelo de las aves, el humo que se desprendia de las victimas, la magia, etc.; la segunda se dedicaba á las operaciones manuales y á la aplicacion tópica de los medicamentos.

Esta misma marcha seguian los indios y primeros griegos, creyendo estos últimos que la medicina traia su origen de las divinidades de Apolo, de Jason, de Aquiles, de Abas, rey de Argos, cuyo nieto Melampo, guardando los ganados de su padre, descubrió la virtud purgante del eléboro, notando los efectos que producía en las cabras cuando lo comian.

Como para ellos un cadáver era repugnante á lo sumo, jamás osaban manchar sus manos en la sangre de ninguno, y así sucedia que sus remedios eran muy superficiales, hasta que Quironte el Centáuro, hombre muy sabio, estableció un método algo mas profundo, estudiando con mucho afán la botánica, y fué el primero que aplicó una planta sobre una úlcera, y por esta razon sus discípulos se la dedicaron, llamándola *centáurea*.

Entre sus principales alumnos, se cuentan Pátroclo, amigo de Aquiles, que, despues de la destruccion de Troya, hizo curas asombrosas, y fué el primero que dilató la herida de Eurípilo para sacarle la flecha, aplicándole cataplasmas para calmar sus dolores.

Aristeo hizo el preparado del opio con la asafétida: hasta Esculapio, llamado por otros Esclepiades, se cree que fué su discípulo predilecto.

A pesar de ser la medicina una ciencia muy incompleta, solo se hallaba reunida con las ceremonias religiosas, cuando Empédocles empezó á fundar la veterinaria, Demócrito le introdujo á la filosofía, y Herófilo de Leontino, maestro de Hipócrates, introdujo en la medicina la gimnasia médica, pues la militar y la atlética ya eran conocidas de los antiguos griegos.

Hasta aquí llega la primera época de la medicina, principiando la segunda, que desciende hasta el año 800 de la era cristiana, con el gran Hipócrates, autor de muchas y buenas obras, que separó la medicina de los ramos á que otros la habian unido; siendo su principal objeto observar muy detenidamente los enfermos á su cabecera, y desde entonces la medicina dejó de ser hija de la casualidad.

El admitia los cuatro elementos, cuatro humores, cuatro temperamentos, además un principio que llamaba naturaleza y de cuyas modificaciones dependia el

estado normal ó anormal de nuestra organizacion, y por último preferia la medicina espectante á la activa; usó de la sangría, de medicamentos diuréticos, y á pesar de ser partidario de la espectacion, usaba de la raiz de aristología para provocar el vómito, de la artemisa y otras muchas plantas; en fin su doctrina fué la primera que se llamó dogmática ó aforística, siendo muy de notar que con su carácter observador, solo inspeccionaba cadáveres de irracionales.

Siguió á este grande hombre Herófilo, fundando una escuela de su nombre, y este examinó muy particularmente los cadáveres humanos, dando muy buenos conocimientos de la parte anatómica.

Era su contemporáneo Erasistrates, y en tiempo de ambos la ciencia de curar se dividió en tres partes, diética, quirúrgica y farmacéutica, encargándose los profesores de ejercerlas exclusivamente, y de aquí la denominacion de médicos, cirujanos y farmacéuticos puros. Pasada esta época, la quirúrgica volvió á caer en el olvido, creyéndola como envilecedora, hasta que Celso y Galeno la cultivaron con buen éxito. Este último siguió en parte la doctrina de Hipócrates, pero tenia la gran debilidad de elogiarse á sí mismo y desacreditar á los demás.

En el año 380 de la era vulgar, compareció Areteo de Capadocia, que fué acérrimo defensor de la doctrina de Ateneo de Atalia, y en su estilo se nota la concision de Hipócrates; en esta época se presentaron varios sabios en medicina, que no llamaron tanta atencion como los enunciados.

Ultimamente la medicina, siguiendo la marcha de los imperios, fluctuaba y volvia á desaparecer, porque los de una nacion, conociendo su necesidad, hacian sus esfuerzos para darle el brillo merecido; mientras que otros, creyéndola insustancial, apenas ponian en práctica aquellos principios que pudieran engrandecerla.

Ya en 1452 de la era vulgar, que da principio á la tercera época, solos los griegos poseian la medicina y otras ciencias, comunicándolas á los sarracenos; y las demás naciones estuvieron sumergidas en la mas crasa ignorancia por espacio de 400 á 500 años, hasta que el comercio que se estableció entre ellos, la Italia y la Francia, fué extendiendo las luces, y de este modo dió principio á la formacion de las cátedras de Selerno y Mompeller.

Este curso progresivo solo era un preludio de los adelantos que se iban á experimentar en la cuarta época en la que se hizo el descubrimiento de la imprenta, que alcanza hasta 1619 de la era comun: tradujéronse entonces todas las obras de Hipócrates y Galeno, y así se abrió un camino para que todos los médicos sin distincion pudiesen leer las obras griegas y latinas.

Pero donde adelantó mas la medicina fué en Italia, porque allí se refugiaron los sabios que se habian fugado cuando la toma de Constantinopla; y con la aparicion de algunas enfermedades se dedicaron mas al estudio, y llenaron mejor su objeto, profundizando en lo posible el estudio de la química.

Llegamos ya á la quinta época, que alcanza hasta el año 1836 de nuestra era, brillante y mas llena de descubrimientos, y donde la medicina, habiéndose penetrado de la interesantísima demostracion de la circulacion de la sangre, hecha por Harveo, médico inglés, ha llegado á una altura que admira á cuantos la consideran.

Bien pudiera ser mas extenso en el origen é historia de la medicina; pero como mi deseo solo ha sido dar una idea sucinta, creo que lo expuesto ha llenado en parte el objeto del epigrafe.

P. BISSO.

## Anécdota.

LA NIÑA MIMADA.—LA MUERTE EN EL TOCADOR.

— Mamá, es inútil predicarme, quiero ir á la reunion de la señora P... esta noche. ¡Pues bueno sería!... si me muero por ello. Vd. sabe tan bien como yo que ha de concurrir el teniente N... y que mañana está para marchar de la ciudad. ¡Ea! me voy á vestir.

— Carlota, ¿por qué has de ser tan terca? Ya sabes qué fatal has pasado toda la semana; y el médico dice que las deshoras son la peor cosa del mundo para ti.

— ¡Qué simpleza, mamá, qué bobada!  
— Convéncete alguna vez; ahora te lo pido yo. ¡Ay! querida, prenda mía, ¡qué noche hace tan... se deshace en lluvia y sopla un tremendo huracan! Te mojarás, cogerás un constipado, créelo. Vamos pues, ¿no te quisieras quedar para hacerme compañía? ¡Si eres tan buena muchacha!...

— Cualquiera otra noche será tan buena para lo que Vd. sabe; y esta noche quiero ir á casa de la señora P..., aunque luevan chuzos. Ea, ea... ¡me voy, me voy!... dijo vivarachamente cantando

¡Oh qué lindamente bailará!  
Vestida de blanco lucirá,  
Y toda en traje señoril.

Tales fueron, con corta diferencia los términos y manera con que la señorita J... expresó su determinacion de obrar contra los deseos y amenazas de su madre.

Hija única de viuda, pocas semanas antes habia ya traspuesto los veinte y seis años, sin otra perspectiva á su vista que una pálida y soltera felicidad. Jamás se vió criatura tan terca, frívola y pagada de sí misma; nacida para cilicio de su amable madre, y tormento de sus conocidos.

Aunque las circunstancias de esta casa eran muy reducidas, bastándoles escasamente para mantener un pasar entre lo que se llama personas de buena crianza, en la clase media de la sociedad, esta jóven se esforzaba por cualesquiera medios para satisfacer su inclinacion al vestir, y presentarse en todas partes la mas vistosamente aderezada de la vecindad. Aunque muy distante de ser bien parecida y de poder sustentar pretension alguna de honra, siendo jibosa y flaca, se creia con todo una hermosa figura.

Hacia un año ó dos que era una de mis enfermas temporales. La palidez permanente, juntamente con otros síntomas, evidenciaban la existencia de un padecimiento del hígado, y las últimas visitas que yo la habia hecho fueron en consecuencia de frecuentes sensaciones de opresion y congoja en el pecho, que indicaban claramente alguna enfermedad orgánica del corazon. Descubrí lo bastante para ponerme á salvo, previniendo á la madre la posibilidad de una muerte repentina de su hija por dicha causa, y declarándola el peligro inminente á que se exponia con bailar, retirarse tarde, etc.; pero las amonestaciones de la madre tan suaves y afectuosas, fueron siempre desechadas por su terca hija.

Daba las ocho el reló de la iglesia, cuando la señorita J... tarareando la letra de la citada copla, encendió la vela de su cuarto en la de su madre, y se retiró allá para vestirse, reprendiendo ágramente á su doncella al paso, por no haber almidonado alguna prenda que tendria intencion de llevar aquella noche.

Como su tocador solia ser largo y entretenido, la madre, sentada al fuego de su salita, leyendo algun libro de devocion, no reparó con mucha sorpresa en que la música del campanario anunciase el primer cuarto dado de las nueve sin haber comparecido su hija.

El ruido hecho encima yendo ella á la cómoda y al tocador habia cesado ya hacia media hora, y su madre la creia entonces ocupada ante el espejo arreglándose la cabellera y preparando sus afeites.

— Vaya, ¡pasmada estoy de lo que Carlota se esmera en su atavío de esta noche! exclamó la señora J..., distraiendo sus ojos del libro, y clavándolos pensativamente en el fuego. ¡Ah! será porque ya el jóven teniente N... Tambien he sido jóven yo misma algun tiempo, y en Carlota es muy disculpable esto.

Oía ella fuera silbar el viento desapaciblemente, cuando recogidas las brasas de su vivo fuego y al dejar el badil, tocó el reló de la iglesia las nueve y media.

— Pero Carlota, ¿qué puede estar haciendo tanto tiempo? se preguntaba ella de nuevo.

Escuchaba diciendo:  
— Yo no la he sentido moverse en estos tres cuartos de hora. Llamaré y preguntaré á la muchacha.

Tocó la campanilla y apareció la criada.

— Betty, ¿no ha salido todavía la señorita?

— ¡Qué! no, señora, contestó la doncella. Hace solo un cuarto de hora que llevándola los rizadores me detuve mientras se hacia un bucle, y me dijo que luego estaria pronta. Habia rasgado por detrás el vestido nuevo de muselina, y cogíole un pliegue, señora.

— Sube pues á su cuarto, Betty, mira si se la ofrece alguna cosa, y dile que ya han dado las nueve y media.

La criada en consecuencia subió á la alcoba de la señorita, y llamó una, dos, y hasta tercera vez sin obtener respuesta. Reinaba un mudo silencio que solo interrumpia el estremecimiento de la ventana por el empuje del aire.

— ¡Si se habrá quedado dormida la señorita J...? ¡Oh, es imposible!

Llamó nuevamente, pero en vano como las otras veces. Inquieta ya, despues de un momento de pausa, abrió le puerta y entró.

Estaba la señorita J... sentada al espejo.

— Ama mía, principiá á decirle Betty en tono festivo, acercándose á ella, ¿por qué me ha tenido Vd. llamando estos cinco minutos, y...?

Sobrecogida de horror cayó desmayada en la cama; y dando un penetrante grito, alarmó á la señora J..., que en un vuelo subió vacilante las escaleras, casi embargada de espanto. La señorita J... estaba muerta.

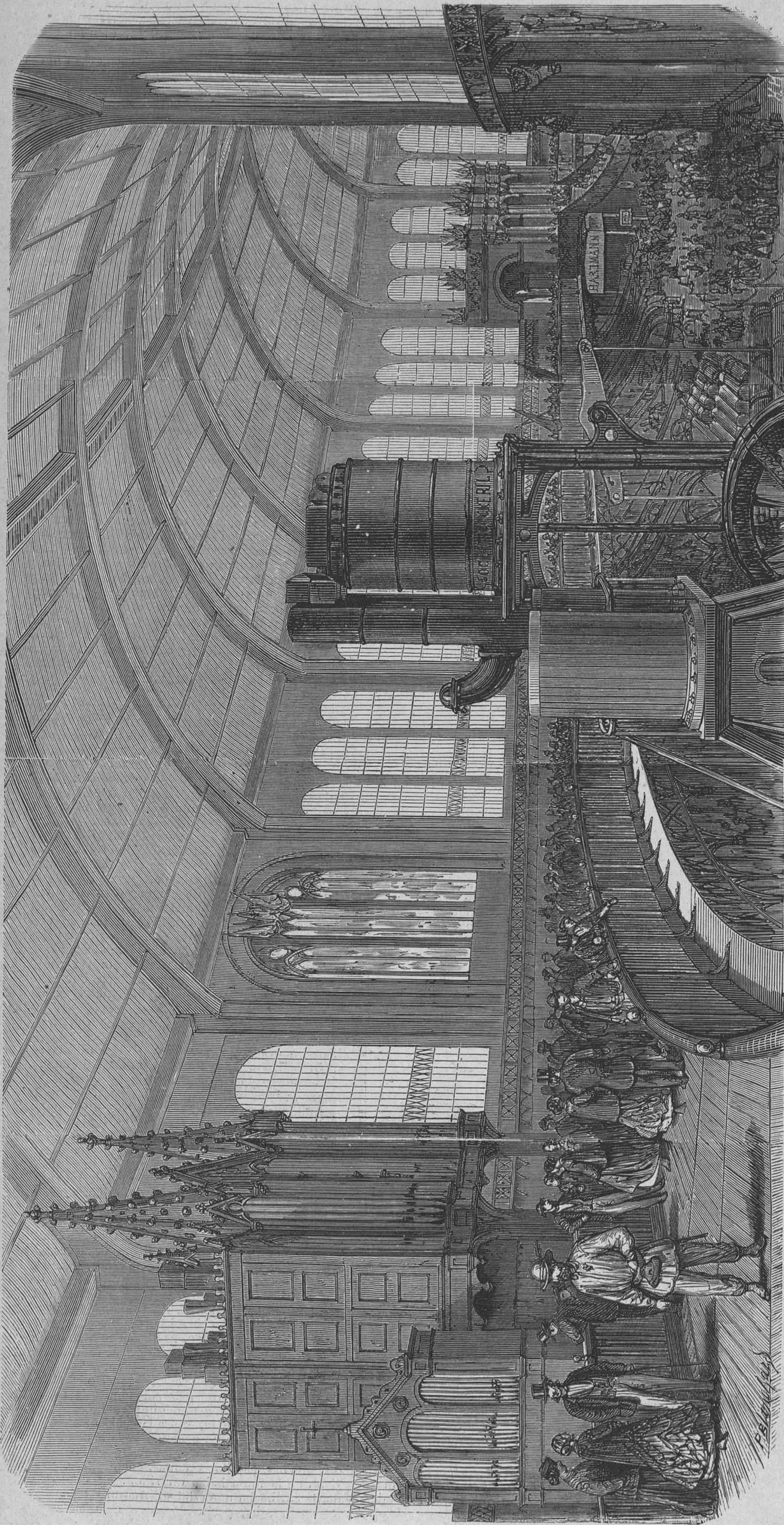
A los pocos minutos ya estaba yo allí, habiendo de mi casa la distancia de dos calles no mas.

Era una tormentosa noche de marzo; y el desolado aspecto de cuanto me rodeaba, las calles desiertas, el imponente silbido del viento é imponente chapoteo de la lluvia, contribuian á infundir en mi ánimo cierta melancolía.

Agregado á esto la noticia del tremendo suceso que motivaba mi salida, crecia mi horror por el espectáculo que me estaba aguardando. Al llegar á la casa hallé á la señora J... con un violento histérico, rodeada de varias vecinas que habian sido llamadas en su socorro.

Al punto reparé en la escena de muerte, y vi lo que jamás olvidaré. Una cama de colgaduras blancas ocupaba el cuarto, que tenia solo una ventana, y delante de esta habia una mesa, sobre la cual, además de un espejo adornado con un pequeño tapiz blanco, permanecian esparcidos varios objetos de tocador, como alfileres, broches, papillotes, cintas, guantes, etc.

Contra esta mesa habia un sillón, en que estaba la señorita J... hecha una estatua. Apoyaba la cabeza en la mano derecha, y el codo se sostenia en la mesa,



EXPOSICION UNIVERSAL. — La seccion belga en la galeria de las máquinas.

mientras que la izquierda colgante al costado conservaba aun asidos los hierros de rizar.

Ceñía cada una de sus muñecas un brazalete vistosamente dorado, y su vestido era una blanca bata de muselina, con una pequeña guarnición de encaje. Tenía la cara vuelta hácia el espejo, que, mediante la luz de una espirante vela, reflejaba con espantosa fidelidad las facciones viscosas y fijas, recién untadas de arrebol y carmin, la barba caída, y los ojos dirigidos enteramente al cristal con una mirada fría y opaca que ateraba.

Examinando con mas escrupulosidad el semblante, me pareció descubrir los vestigios de una sonrisa de presunción y amor propio, que ni aun el helado soplo de la muerte había podido absolutamente borrar.

Los cabellos del cadáver, todos suaves y lustrosos, estaban rizados con estudiada precision; y su flaca garganta cetrina estaba rodeada de un collar de brillantes perlas.

El pálido rostro de la muerte asomándose en esta forma por entre los adornos de la moda, aquella ostentacion vana de goces ficticios, era un horrible sarcasmo á las vaciedades de la vida.

En verdad constituía un espectáculo humillante y ofensivo. ¡Pobre criatura! ¡muerta como por un rayo en el acto mismo del sacrificio sobre las aras de la vanidad mujeril!

Debió fallecer algun tiempo antes de mi llegada; quizá veinte minutos ó media hora, pues casi todo el calor natural había desertado de su cuerpo, quedando rápidamente yerto. En vano intenté sacar del brazo un poco de sangre.

Dos ó tres mujeres de las presentes procedieron á llevar el cuerpo á la cama con el fin de ponerlo tendido, como lo lograron en virtud de la mas extraña flexibilidad.

Ninguna resistencia les ofreció al extender el brazo derecho encogido, ni al juntar las quijadas para pasarlas una blanca cinta que la señorita J... había destinado aquella noche para su talle.

En el exámen del cuerpo hallamos que la muerte había provenido de la enfermedad del corazón. Su vida podía muy bien haberse alargado algunos años si hubiese seguido mis consejos y los de su buena madre.

Muchos cientos de cadáveres he visto, así en la tranquila compostura de una muerte natural, como mutilados y maltratados por violencia; pero jamás había visto sátira tan espantosa á la humana vanidad, ni espectáculo tan repugnante, feo y aborrecible, como un *cadáver vestido para el baile*.

M. DE F.

## El Oriente

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

(Véase el núm. 760.)

Cerca del templo egipcio se eleva una elegante construcción, con los muros pintados con anchas bandas blancas y azules, la cúpula coronada con una punta dorada, en la que brilla la media luna, los arcos sostenidos por columnillas y la torre coronada de almenas: es el Selamlick. Ningun pueblo enriquece mas que el árabe su habitacion con el lujo exterior. En las antiguas casas del Cairo, el mármol dibuja sus columnas, encarnadas ó blancas, en la portada llena de arabescos; las puertas se hallan preciosamente esculpidas: la carpintería está realzada con el bronce, el marfil y las incrustaciones de madera negra que se destacan sobre un fondo blanco. Dos barandas sobresalen en el muro de la nave. El Selamlick del Campo de Marte se halla dividido en dos partes, de las cuales una sirve de exposicion á un

vasto plano de toda la comarca egipcia y ha recibido los productos de este rico pais, y la otra es el pabellon de descanso del virey. Hermosos mapas geográficos guarnecen las paredes de la primera sala; un plano de Alejandria dibuja la ciudad marítima egipcia; sobre unas gradas están agrupadas las muestras de las diversas rocas del sistema geológico de Egipto; granitos, pórfidos, piedras de grano verde, alabastro de Siout y de Beni-Souef, gredas silicosas de Gebel-Salseleh, mármoles y piedras que sirvieron á los antiguos egipcios par sus grandes construcciones, sus templos sus sarcófagos, sus columnas y estatuas. En un escaparate hay una coleccion de libros escritos en árabe y en turco.

Es de sentir que el Egipto no haya completado su obra estableciendo en esa sala un verdadero museo árabe: podía haberlo hecho. En la edad media ese gran pais de Egipto fué, con la Siria, el gran abastecedor de los mercados de Occidente: sus industrias, sus fábricas de sederías, de cristalería y de objetos ataujiados enviaban á Venecia, á las ciudades de la Italia y aun á las del Norte, una porcion de sus productos. La industria de la edad media y del renacimiento debe á este arte exquisito de los árabes grandes progresos; el museo retrospectivo del Egipto habria sido una de las cosas mas curiosas de la Exposicion.

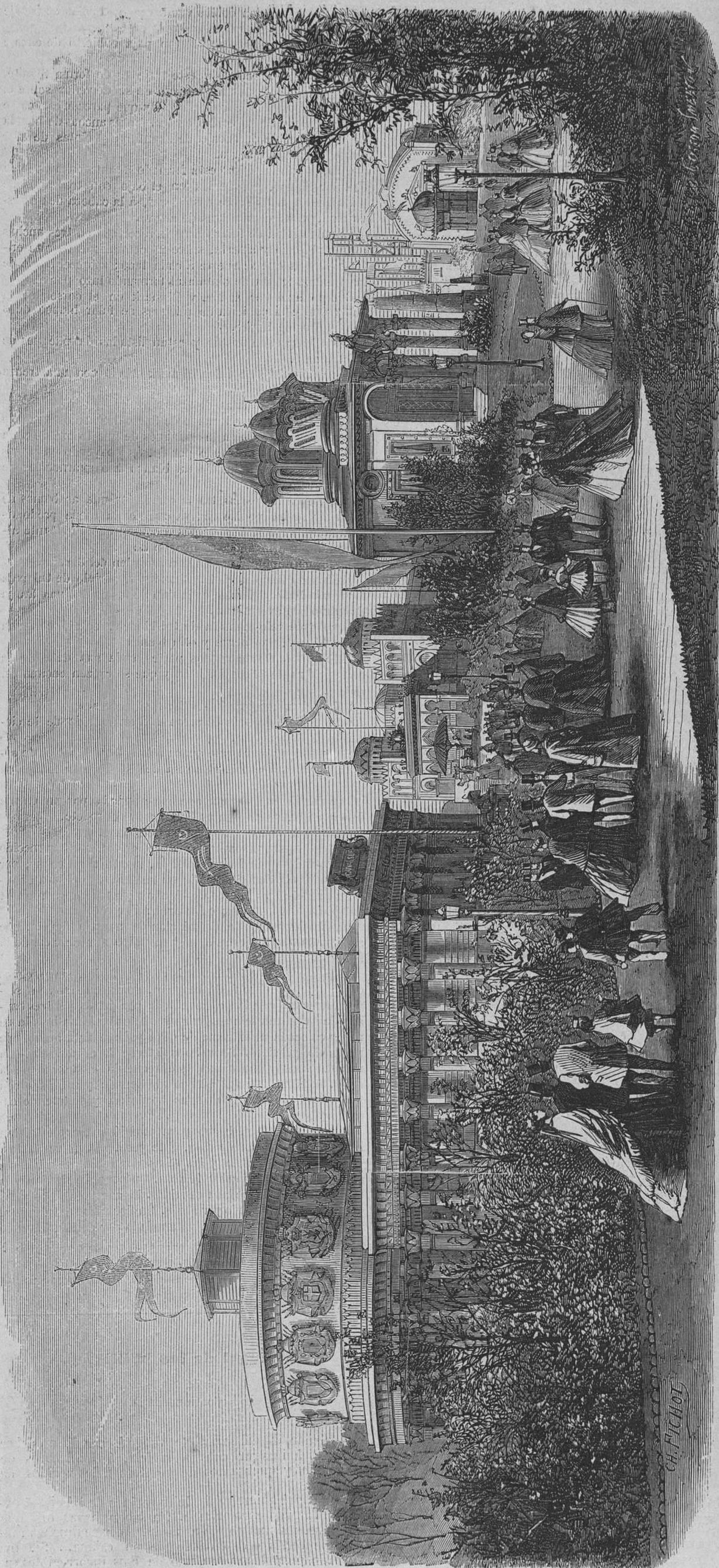
Véase en prueba las riquezas que la comision egipcia ha reunido en el pabellon del virey. Es una joya esa pieza con su cúpula de triple piso, sobre su zócalo color de violeta, verde, rojo y plateado, con sus ocho columnillas y sus arcos en forma de herradura, con su decoracion hecha de un follaje verde y plata en relieve, sobre un fondo oro. El plan general del Selamlick figura los cuatro ramales de la cruz griega; y por su disposicion recuerda las grandes líneas de Santa Sofia. En todo su derredor hay un divan y el mueblaje consiste en un gran mueble adornado de incrustaciones que encierra las armas de Ismail-bajá y un magnífico Alcoran escrito con aquella letra elegante que no tuvo igual en Europa en nuestros manuscritos de la edad media; algunas mesas de madera esculpida y algunos asientos completan la coleccion de muebles. En un bonito pedestal se halla el retrato del virey. De los diversos techos cuelgan seis lámparas de cristal tal como las que se ven en las mezquitas árabes, seis maravillas de la célebre fábrica de la Mansourah.

Despues del palacio del virey hay el okel, ó sea la casa del pueblo, la posada, el bazar, el taller egipcio, el parador, un sitio donde se concentra la industria árabe: joyeros del Cairo, estereros, pasamaneros, bordadores, fabricantes de tubos para pipas, todos se hallan allí acurrucados á la oriental, sobre ese suelo cubierto con una estera en medio de sus utensilios, sin que falte nada, ni el barbero, ese personaje que tan gran papel desempeña en la vida de una ciudad árabe: el del Campo de Marte se llama Aly-Dawaba, y con la destreza que le ha dado fama, tiene ocupacion constante. Este okel es una de las grandes curiosidades de la Exposicion. Si debe admirarse en los detalles de su arquitectura exterior, no menos hay que examinarle en el primer piso, consagrado á las habitaciones y que conduce á las azoteas, donde se abre una sala de las mas notables que se llama: Sala de Antropología. Aquí se encierra una coleccion de momias, y sobre todo de cráneos descubiertos en las recientes escavaciones. Por medio de la comparacion, quizás la ciencia pueda venir en ayuda á los egiptólogos y hallar en estos cráneos los diversos pueblos que ha poseido el Egipto. El okel tiene tambien su café guarnecido interiormente con tres esteras. Repetimos pues que nada falta.

Pero no hemos concluido con el Egipto. Entre el Selamlick y el templo están las caballerizas, que contienen dromedarios y asnos. Por último, la exposicion egipcia habria sido incompleta, si no hubiese presentado muestras de sus buques. Con efecto, cerca del puente de Iena tiene su *Dahabieh*, una de esas embarcaciones que sirven para subir el Nilo y tiene tambien su barca de pescador, que se parece á las barcas del antiguo Egipto.

El barrio turco toca al egipcio, y él tambien posee de esos monumentos ricos y graciosos que resumen el lujo y comodidad de las habitaciones orientales; tiene su pabellon del sultan, cubierto de alfombras, rodeado de divanes y en cuyo centro brota una fuente. La Turquía nos ofrece tambien una mezquita, y no podia menos cuando es suyo el primer tipo, Santa Sofia, de la cual son copias casi todas las demás: la del Campo de Marte reproduce el tipo de la de Brusa, y aunque en pequeño nos da una idea suficiente de los monumentos religiosos de la Turquía. Tiene pues su gracioso minarete con su balcon, sus puertas de bronce, sus ventanas adornadas de letreros piadosos en caracteres del siglo XVI, su cúpula, en la cual circulan, así como en las cornisas, motivos de ornamentacion de aquella época y leyendas de oro tomadas del Alcoran. Por dentro las paredes están revestidas de azulejos que representan flores ó presentan inscripciones piadosas. Su cúpula se eleva en medio del edificio cargada de ornatos, y esta cúpula tiene su nimbar, donde se coloca el khatib para recitar el Alcoran, y su atriles cruzados en forma de X para recibir el libro sagrado.

Tal se muestra Constantinopla en la Exposicion. Túnez tiene tambien su café, y encima de un tablado están los cinco músicos que forman la orquesta. Para que el visitante pueda estudiar mejor las costumbres locales, tiene sus barberos y tabaqueros, y sobre todo tiene su palacio, su Bardo, hecho en miniatura en el Campo de Marte, con su escalera de los leones, sus paredes cubiertas de azulejos, su patio, su fuente en el centro,



EXPOSICION UNIVERSAL. — El pabellon del istmo de Suez, en el parque extranjero.

rodeada de arcos; sus salas, sus koubas, sus maxoures, todo amueblado de banquillos y cofres incrustados de marfil y oro; sus trofeos de armas, sus escarapates cargados de cacharros, y su resplandeciente aposento del bey.

H. L.

### Revista de la moda.

**SUMARIO.** — De la dificultad de clasificar los caprichos de la moda. — El estímulo de las modistas parisienses. — Los trajes ordinarios y los de vestir. — Descripción de las últimas novedades. — Trajes completos: vestido, confección y sombrero. — Originalidades de la moda. — Dos palabras sobre la forma predominante de los sombreros. — Modelos elegantes. — Descripción del figurín que acompaña a este número y que representa dos trajes inéditos.

Más árdua de lo que parece a primera vista es la tarea de clasificar los caprichos de la moda, de poner de relieve las novedades importantes y de entregar a la curiosidad de nuestras amables lectoras el análisis minucioso de los trajes y adornos que están en boga. Felizmente, las primeras modistas de París facilitan nuestra tarea, ofreciendo constantemente a nuestro examen modelos dignos de ser citados.

Estas modistas se hallan en la actualidad estimuladas de todas las maneras, tanto por los envíos que deben hacer a los baños de mar y a las ciudades de aguas termales, como por la afluencia de extranjeras que tiene en este momento muy despierta a la elegancia parisiense.

En casa de una de ellas hemos visto preciosos trajes de tafetan punteado para vestidos ordinarios, y de ricas sederías para vestir.

Describamos pues estas novedades.

Un traje negro y blanco de dos faldas, acompañadas de una camiseta rusa y un paletó pequeño. La falda de debajo es de tafetan blanco y rayas grises, guarnecido de dos sesgos negros con galoncito negro y blanco en medio. La camiseta está adornada de barritas negras colocadas en el sentido de la altura, y en el escote hay guipur y galon. La bocamanga se halla en armonía. Cada barrita termina en punta.

La falda de encima es de tafetan negro punteado de blanco, y va guarnecida con dos hileras de fleco y guipur. Esta falda, quince centímetros más corta que la otra, está abierta por detrás y recogida por dos cintas fijadas por cada lado a la cintura, y por un grueso lazo que sostiene un pliegue por detrás. Este lazo va con el tirante.

Botonadura en el delantero de la falda.

El pequeño paletó que completa el traje está abierto cuadrado por detrás y bajo los brazos: las mangas son lisas y están guarnecidas de franja y de guipur. El mismo adorno sigue el contorno del vestido y aparece igualmente en el hombro.

Dos sombreros de viaje acompañan a este vestido. El uno de ellos es de paja negra con ala larga y vueltas de terciopelo. Un cordón de faye, negro y blanco, rodea el sombrero.

El otro, también de paja negra, está guarnecido con un cordón pensamiento y negro con adornos de azabache y larga *écharpe* por detrás. Este estilo, un tanto pesado, tiene no obstante mucha distinción.

Otro vestido es de tafetan gris de dos tonos y va recogido al estilo de la edad media. La falda más oscura, que va debajo, está guarnecida con un volante rizado de doce centímetros.

La segunda falda, gris claro, está adornada con dos sesgos más oscuros, ilustrados con una fina pasamanería en medio.

Un ancho sesgo igual adorna el talle, sesgo que baja cuadrado, vuelve por detrás sosteniendo los pliegues de la falda y pasa a fijarse del mismo modo al otro lado del talle.

El cuerpo, liso y alto, lleva grandes mangas cuadradas. Si estos trajes no son bastante originales para las pretensiones que tiene hoy la moda, hé aquí otros que como novedad, no dejarán nada que desear a las personas más exigentes.

El uno se compone de una falda de tafetan color azul que lleva por abajo una guarnición de 20 centímetros de altura de tafetan negro recortado en ondas agudas, en cuyas puntas hay otras tantas rosetas de cinta azul número 4 formando cocas lisas y teniendo en medio una estrella de azabache. El cuerpo es negro, de azabache, y lleva una faldeta que forma túnica o segunda falda, cortada en tres partes bien distintas.

La de la espalda está en medio recortada de modo que forma tres ondas orladas de tafetan paja esmaltadas de azabache; por cada lado de estas ondas, la faldeta se termina en una media onda aguda que pasa del medio de la túnica de 15 a 20 centímetros.

Abajo de los costados y del medio, borla de seda azul; las otras dos partes de esta faldeta, las que se encuentran por delante están cortadas lo mismo; las puntas agudas son reversibles y se cruzan sobre la del costado, dependiente de la espalda.

Por delante y a cada lado se mantiene vuelta al revés la punta aguda que cae en medio, y esta punta está forrada

de tafetan del mismo color. Su vuelta está guarnecida de encaje negro bordado de azabache.

Mangas justas con dobles vueltas paja, orladas de encaje negro.

Hacia la sisa sesgo de tafetan paja cubierto de encaje negro.

El sombrero adecuado a este traje es de forma Slamte, de paja inglesa, y está adornado en su derredor sobre el ala, con presillas de encaje Chantilly que parecen escaparse de una corona de florecillas azules. Cintas anchas de blonda paja, guarnecida de encaje de Chantilly; y cintas de atar número 4, paja y negro.

Otro vestido lindísimo está formado de una primera falda de fular blanco, guarnecida en el bajo con trenzados de cinta azul puestos sobre dos hileras, a la cabeza de un sesgo azul, de 10 centímetros de altura.

Segunda falda de fular Bismark, recortada en tres anchas ondas, redonda y abierta, sobre 25 centímetros de alto entre cada una que se vuelve a cada lado; sobre el borde de las vueltas, trenza de cinta azul formando lazo por abajo.

Cuerpo azul por arriba y Bismark en el corselete; la parte azul está cubierta de pliegues de fular blanco de 3 centímetros de ancho.

Las mangas son justas y están listadas de pliegues de tafetan azul.

Pequeño paletó de fular Bismark orlado con una trenza de tafetan azul.

Mangas paja, orladas de trenza azul.

Sombrero de paja, adornado de florecillas azules y musgo blanco, respunteado en los pliegues de una trenza de cinta de tafetan negro, cruzando por detrás y cayendo en largas puntas flotantes. Cintas de tul blanco liso guarnecidas de encaje de Chantilly.

Aunque en los varios trajes completos que acabamos de describir se ha podido ver ya cuál es la moda predominante en los sombreros, vamos a consagrar no obstante algunas líneas a los modelos más en boga.

La forma diminuta continúa a la orden del día.

Nada más lindo que el *Deshoulières*, modelo de tul paja formando bullones, entre cada uno de los cuales una franja de granos de avena paja.

Por detrás velo-mantilla de tul blanco, orlado con una doble blonda, una negra y otra blanca.

Este velo se divide en dos partes cada una de ellas de una anchura de 20 centímetros, y que se cruzan encima del rodete.

Sobre el enlace grupos de flores silvestres.

Otro modelo de paja de arroz está guarnecido de terciopelo azul *Pompadour*.

En torno del casco que apenas tiene 3 centímetros de altura, cordón de capullos de rosa de España, con follaje de diversos matices.

Por detrás esta corona aparece anudada por un encaje de Chantilly, cuyas puntas flotan sobre el rodete.

Cintas número 9, guarnecidas de blonda.

Por último, otro sombrero blanco, de tul, está guarnecido con tres hileras de fuchsia rosada, montada en collar; por cada lado, ahí donde se detienen las flores, se deja caer sobre el rodete tres hileras de blonda recortada en cordón de follaje forrado con una cinta azul número 4.

Concluamos con la descripción de nuestro figurín, que representa dos trajes que no han salido aun de casa de la modista.

El primero es de tafetan gris con dos faldas, sin pliegues en el talle. Primera falda redonda, guarnecida con un sesgo; segunda falda larga, levantada por detrás por tres bandas de la misma tela sesgadas y ribeteadas. Una hebilla de nácar colocada al extremo de cada paño levanta la falda de un modo gracioso. Pequeño paletó de la misma tela, con mangas lisas y guarnición que recuerda el adorno de la falda. Sombrero de tul blanco abullonado y adornado con flores azules. Cuello y mangas bordados, y guante de cabritilla.

El segundo traje, hecho para una joven, es de tafetan blanco rayado, color de rosa. Este vestido lleva tres faldas. La primera es redonda y las otras dos están levantadas a cada lado con lazos color de rosa. Un pequeño rizado de la misma tela guarnece las tres faldas. El cuerpo es alto y las mangas lisas con rizado por abajo. Un fichu María Antonieta, guarnecido con un rizado, va anudado por detrás, llevando puntas largas y redondas. Cuello y mangas bordados, y guante de cabritilla.

M. P.

### El ángel de los Williams.

(Continuación.)

— Señor, dijo el sacerdote, vengo a cumplir un deber sagrado, a ilustrar vuestra justicia, a informaros de las quejas y quebrantos de vuestros fieles vecinos de Londres.

— ¿Y qué quieren mis fieles vecinos de Londres? exclamó Ricardo encolerizado. No saben hacer más que quejarse, y si mal no me acuerdo, no hace muchos meses que recibí otro enviado de su calaña... Sí, me acuerdo muy bien; era uno de esos incorregibles sajones que llevan la barba larga por no parecerse a mis

normandos. ¡Y bien! ¿No he hecho ya justicia a sus demandas? ¿Solicitan tal vez de mi munificencia alguna nueva concesión?

— Justicia tan solo, señor, vengo a implorar de vos. Williams Barba-larga, aquel súbdito fiel, aquel pechero intrépido, lejos de ver realizados los efectos de vuestra real palabra, por haber intentado reclamarlos ha sido traidoramente asesinado por orden del obispo de Cantorbery.

— ¡Nuevas son esas muy extrañas! murmuró Ricardo. Por otra parte, añadió en voz alta, el arzobispo de Cantorbery es justo, y sabe cómo debe obrar: si ha condenado a Williams, sería porque Williams era culpable.

— Señor, Williams era inocente, lo juro por la salvación de mi alma, dijo el sacerdote. ¡No os negueis a hacer justicia a su memoria! No vacileis pues, en castigar a los que le han asesinado, porque no hay hora más funesta para un rey que la de la muerte cuando no ha administrado a sus súbditos la justicia que les debía.

— ¡Trompetas, tocad! dijo el rey. Estoy aquí perdiendo un tiempo precioso, que podría emplearse más útilmente en un asalto.

— No os vayáis, señor, ¡no me despidáis sin haberme oído!... ó si no, iré siguiendo vuestros pasos, y no podéis desembarazaros del pobre sacerdote, sino mandándole dar la muerte, como la han dado al bienaventurado Williams.

— ¡Al bienaventurado Williams! repitió Ricardo fuera de sí. Por vida mía que lo han canonizado ya lo mismo que a Tomás Becket, y algún día tendré que ir a darme azotes sobre el sepulcro de este nuevo santo. ¡Atrás viejo!

— Ya que la voz de la justicia no puede llegar sola hasta vos, repuso el anciano sacerdote, la voz de un padre moribundo será tal vez menos impotente. Escuchadme, pues, Ricardo Plantagenet. Hoy cumplen diez años, día por día, que hallándose un pobre cura en la ciudad de Chinon, fué a buscarle una mujer pidiendo fuese a exhortar en su última hora a un anciano que estaba espirando. Aquella mujer acompañó al cura a una casa abandonada, donde estaba tendido sobre un miserable lecho el anciano moribundo. El eclesiástico tuvo miedo, y quiso huir de aquellos funestos lugares porque el agonizante no profería más que blasfemias y palabras de venganza. «Maldito sea mi hijo Juan, que se ha dejado seducir y corromper por mi hijo Ricardo. Caiga sobre mí el anatema, ya que débil y culpable he sacrificado mi conciencia y el bienestar de mi pueblo a las locas miras de ambición y engrandecimiento de mis hijos. Diera gustoso mi vida al diablo, si es que no le pertenece ya, por tomar venganza de aquellos dos hijos ingratos (1). ¡Maldito sea el día en que nací! ¡maldiga Dios a los dos hijos que sobreviven!»

Yo me acerqué, me incliné hacia el lecho, despojado ya de las ricas telas que pocos momentos antes lo cubrían, y que habían robado los escuderos antes de abandonar al agonizante. Le hablé de misericordia; y Dios se dignó desarmar por medio de mi débil voz la cólera de aquel padre. Retraió las maldiciones que había proferido, y me encargó que llevase a sus hijos su bendición, y en testimonio del perdón que les concedía, me entregó el sello que aquí veis.

— ¡Padre mío! murmuró Ricardo cubriéndose el rostro con las manos. ¡Padre mío!

— Cuando hubo perdonado, entregó su alma a Dios. Yo permanecí solo, sí, junto al cadáver, meditando sobre la nada de las grandezas humanas, y dando gracias a Dios de no haberme hecho más que un pobre sacerdote. Después, como la mujer que había venido a llamarme, se había marchado también llevando consigo la copa de plata, único objeto que habían dejado al monarca de los reinos unidos, fui a mendigar por la ciudad un sudario, para amortajar lo que había sido Enrique II. Nadie quiso abrirme la puerta, a pesar de mis ruegos, y hubiera tenido que volverme sin la sábana, a no haber encontrado una bailarina, que por caridad me dió su manto y un pedazo de su velo. Con el manto envolví el cadáver real, y la franja bordada del velo figuraba una diadema sobre la sien de Enrique Plantagenet, rey de Inglaterra, duque de Normandía, de Aquitania y de Bretaña, duque del Anjù y del Main, señor de Turis y de Amboise. Después os he ido buscando, señor, para traer el perdón de vuestro padre; pero la fortuna os ha sujetado a continuas pruebas llevándoos sin cesar del uno al otro extremo de la tierra... Por este perdón, señor, imploro justicia para los vecinos de Londres, y castigo para los opresores de vuestros súbditos; para los que emplean la espada de la injusticia en herir injustamente.

— Padre, haré justicia a vuestra demanda. No tardaré en volver a la ciudad de Londres, luego que haya acabado con el conde de Limoges y su castillo de Chalus. Pero ¿qué estás haciendo tú aquí, archero? ¿Cómo eres tan osado que te atrevas a cortar con tu daga un pedazo de madera en nuestra presencia?

— Esa madera, respondió el archero sin inmutarse, la corté yo de la horca de la que con tanta iniquidad fué colgado el marido de mi hermana, Williams Barba-larga.

— ¿Y qué quieres hacer con ella cortándola de ese modo?

— Una flecha para mi ballesta.

— ¿Y a quién piensas herir?

— A vos, señor.

(1) Nunquam me mori permittat donec dignam de te vindictam accepero (Scrip. rerum franc., lib. XVIII).

Levantóse de todas partes un grito de indignación; los soldados iban á arrojarse sobre Beltran de Gourdon, pero Ricardo prohibió que nadie se le acercara.

— Camarada, le dijo el rey con desprecio, te falta el hierro para armar tu flecha; será preciso que yo te dé uno con que puedas completar esa hermosa arma de patíbulo.

Y tomó una flecha de la aljaba de uno de los centinelas que guardaban la entrada de la tienda, le arrancó el hierro y lo tiró á los pies del archero.

— Hé aquí tu arma completa, ya puedes irte si quieres; te dejo libre la entrada en el fuerte de Chalus, y desde allí podrás asestarme mejor el tiro de tu ballesta. Únicamente te prevengo que si no me tocas antes que concluya el sitio, que no ha de ser muy largo, he de mandar ahorcarte bonitamente sin compasión. Yo te doy mi palabra real. Vamos, que se disponga todo entre tanto. El asalto dentro de una hora.

Beltran de Gourdon hizo una ligera reverencia, y arrodillándose á las plantas del sacerdote, le pidió su bendición. El anciano extendió sobre su cabeza sus trémulas manos, y le dijo:

— Beltran, soldado leal y valiente, Dios te proteja y aparte de tu cabeza los males que van á traerte tus imprudentes palabras y tus culpables y altivos pensamientos.

Levantóse el archero, y mirando en torno de sí con entereza, atravesó por entre la muchedumbre que le rodeaba, y con paso tranquilo y mesurado se dirigió al puente levadizo de la ciudadela.

Al llegar, tocó la bocina de un modo particular, bajaron el puente para que entrara, y volvieron á levantarle inmediatamente, porque el ejército enemigo estaba todo en movimiento; por do quiera resonaban los clarines y trompetas, y se veía al rey Ricardo montado en un soberbio alazan, dirigiéndose de una á otra parte, alentando á sus soldados, prometiéndoles la victoria, y y descollando entre sus hombres de armas.

Separado el anciano sacerdote del fiel Beltran de Gourdon con quien había sobrellevado tan duras pruebas desde su partida para el continente, fué á sentarse tristemente en la gradas de un altar que, según costumbre, habían erigido enfrente de la tienda real. Desde allí dominaba á la vez con sus miradas el campo y la ciudadela sitiada: á vista de la carnicería que se preparaba, sintió aquel hombre pacífico acrecentarse el desaliento que le tenía prostrado.

— ¡Ay! se decía, la sangre de los cristianos va á derramarse con profusión por una causa harto frívola, y el rey, que con su ausencia causa la desdicha de Inglaterra, no vacila en aventurar en este combate una vida de la que depende quizás la salvación de Londres. ¡Dios mío! ¡cuán misteriosos son vuestros juicios! ¡cuán débil é insuficiente es la razón humana cuando quiere penetrarlos! Hágase, pues, vuestra santa voluntad.

Ocultó el sacerdote su rostro entre sus manos, y permaneció por algunos momentos absorto en aquellas piadosas meditaciones, que fueron repentinamente interrumpidas por las tocatas de los instrumentos guerreros.

En aquel instante mil ruidos extraños y desconocidos al anciano vinieron á mezclarse con el belicoso clamoreo de aquellos instrumentos de cobre y con la gritería de los soldados, y eran el chirrido de las máquinas que á gran distancia lanzaban enormes piedras, el estruendo que hacían los arietes al derribar con sus cabezas de bronce la parte mas débil de la muralla, y el silbido de las flechas que, cruzándose sin cesar de una y otra parte iban á diezmar las filas de los sitiados y de los sitiadores.

Por donde quiera arreciaba el trance se hallaba el rey Ricardo; tan pronto se le veía correr á dirigir por sí mismo el empleo de una máquina que había sido mal colocada, tan pronto reanimar un ataque que se había emprendido con flojedad.

Habiase combatido por espacio de una hora con furor por entrambas partes, cuando se vio aparecer de repente á un archero sobre la plataforma de una elevada torre que, mas bien que para la defensa de la ciudadela, servía para atalayar los movimientos del enemigo.

Llevaba en la mano una banderilla blanca, que desplegó al aire, y en cuyo fondo leyó el sacerdote estas palabras: Por Williams Barba-larga. Tomó el archero su ballesta, la armó, le puso una flecha que sacó de su aljaba y quedó aguardando.

Irritados de aquella valentona los archeros normandos, asestaron á Beltran, que al instante reconocieron, una nube de flechas, pero sin que ninguno le acertase.

Disgustado de su poca maña, el rey Ricardo tomó una ballesta, y lanzó á Beltran una flecha que fué á embotarse contra la cota de malla del archero.

Cogió Beltran la flecha real, que había caído á sus pies, le cambió el hierro, la puso en su ballesta, y la disparó al grupo que rodeaba á Ricardo, pero con intención manifiesta de no tocar al rey.

La flecha hirió en la garganta á un page, que cayó al momento.

Enfurecido Ricardo, lanzó una segunda flecha al atrevido archero.

Esta vez el arma se clavó en el muslo de Beltran, y se le vio correr la sangre al través de la rodillera...

Arrancóse la flecha, la puso como la primera vez en la ballesta y apuntó al caballo del rey; la flecha tocó al corcel donde acababa la armadura que defendía su pecho, y el rey Ricardo fué rodando por el polvo con su caballo derribado.

Entonces se vio á Ricardo levantarse cubierto de san-

gre y manchado de lodo, y en uno de aquellos terribles y violentos arrebatos de ira que recordaban con viveza la rabia ciega del león, hizo seña á sus archeros para que emprendiesen de nuevo sus ataques contra Beltran.

Una nube de flechas volaba silbando en torno del intrépido soldado sin tocarle jamás, y en medio de aquel ataque general, fué cuando se vio á Gourdon sacar de su escarcela una flecha de forma particular y asestarla al rey.

En el mismo instante dejó oír Ricardo un grito de dolor, y cayó sin sentido en los brazos de los que le rodeaban: la flecha había atravesado el hombro del monarca.

Llevaron al rey á su tienda, le quitaron de la herida el arma, que reconocieron ser la misma que había dispuesto en su presencia, y le pusieron un vendaje en la herida.

Pero luego que Ricardo hubo recobrado los sentidos, preguntó si se había continuado el asalto, y al saber que se había suspendido, sin querer dar oídos á nadie ni atender á los ruegos ni lágrimas de la reina Berenguela, mandó que le trajesen un caballo y se presentó á sus soldados, que empezaron otra vez el combate con furor, sedientos de vengar la afrenta recibida en la herida hecha al rey Ricardo.

Ricardo, á pesar de lo mucho que estaba padeciendo, dirigía en persona á sus tropas, y no tardaron los arietes en abrir en uno de los costados del muro dos anchurosas brechas por las que los normandos se precipitaron en la ciudad.

Entre tanto, aunque los sitiadores pasaban á cuchillo sin compasión á cuantos encontraban, Beltran de Gourdon, sin procurar escaparse, permanecía en pie sobre la plataforma de la torre y parecía estar resuelto á aguardar allí la muerte, cuando el rey Ricardo mandó tocar la corneta é hizo señal de suspender la mortandad. Volviéndose en seguida á los caballeros que le rodeaban:

— No quiero que hagan ningun daño á ese archero, dijo. Que le traigan á mi presencia sin maltratarle ni decirle la suerte que le espera. Que vaya un rey de armas á gritarle que se entregue prisionero al rey Ricardo.

En efecto se acercó un heraldo al pié de la torre, y despues de haber mandado hacer tres toques al trompeta que le acompañaba, le gritó:

— Beltran de Gourdon, el rey Ricardo te hace saber que debes rendirte á su discreción.

Beltran midió con una mirada la profundidad del abismo que formaban á sus piés las fortificaciones desplomadas, y parecía animarle por un instanté el pensamiento de precipitarse para sustraerse al suplicio que sin duda le aguardaba; pero repentinamente se le vio arrodillarse sobre la plataforma, y despues de una corta plegaria, se le oyó decir:

— No volveré la cabeza á la vista del cáliz; lo apuraré hasta las heces, Señor, porque vos no retrocedisteis delante de ningun tormento por la salvación de los hombres.

Y bajó sosegadamente la escalera de la torre, abrió la puerta á los agresores y se dejó maniatar sin oponer la menor resistencia.

Inmediatamente fué llevado á la presencia del rey, que acababa de entrar en la tienda y que estaba rodeado de la reina y de toda su servidumbre, porque la fatiga del asalto le había enconado la herida, haciendo mas difícil su curación.

Al descubrir al archero que había herido á Ricardo, todos prorumpieron en un grito de horror, la reina se cubrió el rostro; pero el rey atrajo hácia sí á Berenguela y le separó blandamente las manos de la cara.

— Un soldado valiente no debe inspirarte miedo, le dijo; Beltran de Gourdon no ha hecho mas que cumplir con su deber; el agresor he sido yo. ¡Beltran, eres libre! Puedes regresar á Inglaterra con ese anciano sacerdote, y no tardareis en verme llegar tambien á Londres para informarme de la justicia de las quejas de que me habeis dado conocimiento. Si, si, Williams Barba-larga ha muerto injustamente. Williams Barba-larga será vengado, aunque para ello tenga que mandar ahorcar al arzobispo de Cantorbery. Entre tanto toma esta bolsa, y marcha; Dios te ayude, porque eres un archero diestro y soldado valiente. ¡Por vida mia, que en tu lugar, hubiera tenido miedo sobre la plataforma!.... El rey Ricardo te tiene envidia, pues eres el que mejor se ha portado en esta jornada.

A estas palabras, alargó la mano á Beltran de Gourdon, que se arrodilló para llevarla respetuosamente á sus labios, y en seguida salieron de la tienda real el archero y el sacerdote, dirigiéndose hácia la salida principal del campamento.

## VI.

## UN TERCER MÁRTIR.

Cuando los soldados vieron salir pacíficamente al que acababa de poner en peligro los dias de Corazon de Leon, de todas partes se levantaron murmullos y señales de descontento, precipitándose la muchedumbre á su paso con intenciones evidentemente hostiles.

El archero se contentó con poner mano á su puñal, dispuesto á desenvainarlo para su defensa, y de este modo prosiguió su marcha hácia la salida del campamento.

Iba á llegar á ella, cuando fué á herirle en la cabeza una piedra que lo derribó en tierra.

Lanzáronse todos en seguida sobre él, y le dieron de estocadas haciéndole las mas inauditas crueldades.

Inútilmente el viejo sacerdote procuraba contener á aquellos malvados, invocando el nombre del rey Ricardo; no atendian á sus palabras, y hubiera por último sido víctima tambien, á no haber llegado hasta la tienda del rey los gritos de los asesinos.

Sospechando la verdad, Corazon de Leon se escapó de entre las manos de sus servidores que le curaban, y acudió al lugar donde se daba muerte al archero; pero llegó tarde: Beltran de Gourdon no existia.

A la vista de su cadáver, Ricardo, ciego de cólera, empezó á repartir sablazos á todos los que habían tomado parte en aquel asesinato, y no paró hasta caer sin fuerza y sin conocimiento.

Llevado otra vez á su tienda, se pasaron mas de dos horas antes que volviese en sí. No tardó en declararse en él una fiebre ardiente, se apoderó del monarca un continuo delirio, y durante ocho dias, en medio de los arrebatos que le agitaban, no cesaba de pedir perdón á su padre y á Williams, que continuamente se figuraba estar viendo á la cabecera de su lecho.

Recobró por fin la razón, y las primeras palabras sensatas que pronunció fueron para preguntar si su vida estaba en peligro.

Segun refiere Gauthier de Herminsfort, historiador contemporáneo, pasó el hecho del modo siguiente:

— Señor, contestó á la pregunta del rey el arzobispo de Ruan, arreglad vuestros negocios, porque vais á morir.

— ¿Es eso amenaza ó chanza? replicó Ricardo, que aun dudaba, ó mejor, queria dudar de aquella terrible verdad.

— No, señor, vuestra muerte es inevitable.

— ¿Qué quereis, pues, que haga?

— Pensad en las hijas que teneis que colocar, y en hacer penitencia.

— Ya os he dicho que yo no tengo hijas.

— Señor, vos teneis tres hijas, y las alimentais hace ya mucho tiempo; la mayor es la ambición, la segunda la codicia, y la tercera la lujuria.

— Lego la mayor á los templarios, las segunda á los capuchinos, y la tercera á los frailes franciscos.

— No habéis así, respondió otra voz; no habéis así, que vuestra muerte está cercana, señor, y debeis pensar en vuestra salvación.

— ¿Quién me dirige esa amenaza? respondió Ricardo lleno de asombro.

— Aquel que recibió la postrera confesión de vuestro padre, y que viene á recibir la vuestra, contestó adelantándose á la cabecera real el anciano sacerdote de Santa María del Arca. Levantad vuestra alma á Dios, señor, porque ya es tiempo: haced penitencia, y confiad en la misericordia eterna.

El rey, movido por las palabras del anciano, echó á llorar, y dijo:

— Estoy muy arrepentido, os voy á dar pruebas de ello.

Y al instante mandó que saliesen todos, quedando con el viejo sacerdote, al que hizo una confesión que duró mas de dos horas; y cuando hubo concluido, quiso que se le atasen los piés y que se le diesen azotes hasta sacarle sangre de todo su cuerpo desnudo y suspendido en el aire.

Se repitieron por su orden los azotes hasta tres veces. En seguida se hizo arrastrar con una cuerda á la presencia de su confesor, que había ido por el viático. Le reprendió este con blandura y mandó suspender los rigores á que durante su ausencia se había condenado el penitente rey.

Ricardo recibió los últimos sacramentos con las señas del mas vivo fervor.

Al dia siguiente, el anciano sacerdote condujo á la abadía de Fontevraud, para colocarlo al lado de los despojos del rey Enrique II, el ataúd que contenia cuanto quedaba en la tierra del rey Ricardo Corazon de Leon... Un cadáver.

## VII.

## EL ANGEL.

Sentado tristemente á la orilla del mar, no había el ángel Azrael entreabierto una sola vez sus alas con que tenia siempre cubierto el rostro, durante el fatal destierro que le tenía separado de los cielos.

Ignorando aun los períodos del tiempo en que se distribuye la vida de los mortales, había pasado tres meses de aquella suerte, derramando sin cesar amargas lágrimas.

El murmullo de las olas que iban á estrellarse á sus piés guardaba cierta armonía con la profunda aflicción que le embargaba, y acostumbrados sus ojos á los deslumbrantes resplandores del paraíso, preferían una completa oscuridad á la claridad pálida que en la tierra llamamos luz.

De aquel modo resolvió aguardar el cumplimiento de los decretos del eterno, sin mezclarse con las frágiles criaturas, entre las que le obligaba á vivir por tanto tiempo su imprudente caridad.

— A lo menos, se decía, no serán testigos de mi afrenta mis hermanos que bajen á la tierra; no verán sobre mi frente el ignominioso sello que en ella han estampado quizás para siempre los impuros labios de Satanás; y si es que no deba entrar en el cielo, si es que haya de extinguirse la familia de Williams sin que sal-

gan de su seno cuatro mártires, permaneceré en esta soledad hasta la consumación de los siglos para llorar mi falta y mi desventura.

Mientras se entregaba á tan desalentadores pensamientos, fueron repentinamente á interrumpirle los sonidos de las arpas de oro con que los ángeles en el paraíso acompañaban los cantos de los querubines: aquella celeste armonía le hizo estremecer, sintió irse desvaneciendo poco á poco en su voluntad las desesperadas resoluciones que acababa de formar; se entreabrieron sus alas, sus ojos se volvieron hácia el cielo, y descubrió en una auréola de luz á tres ángeles que acompañaban un alma.

Azrael clavó sus miradas en el divino cortejo todo el tiempo que le fué posible, y cuando lo vió desaparecer á lo lejos, por un movimiento involuntario, tomó su vuelo y fué siguiendo á alguna distancia al grupo celestial hasta las puertas del paraíso.

Allí dos bienaventurados, que traían en la mano la palma del martirio, recibieron á su nuevo hermano, le estrecharon entre sus brazos, y le colocaron sobre su frente una corona luminosa, igual á la que resplandecía en sus sienas.

— Beltran, le decían, querido hermano, bendito sea Dios para siempre por haber abreviado el tiempo de tu destierro, y porque te ha abierto gloriosamente las puertas del cielo. Ven, tú que en la tierra has sido esforzado y fiel, leal, valiente y denodado defensor del oprimido. Ven á gozar de la felicidad que no tendrá fin; porque tu muerte ha quitado toda la fragilidad inherente al barro de tu naturaleza de hombre, y los normandos, quitándote la vida, han colocado sobre tu frente una corona eterna como la Divinidad. Ven á colocarte al lado de Paulo, que combatió con la espada; de Mauricio, que prefirió doblar su cerviz debajo de la cuchilla del tirano antes que hacer traición á su fe. Ven, que nuestra falange cuenta ya tres mártires.

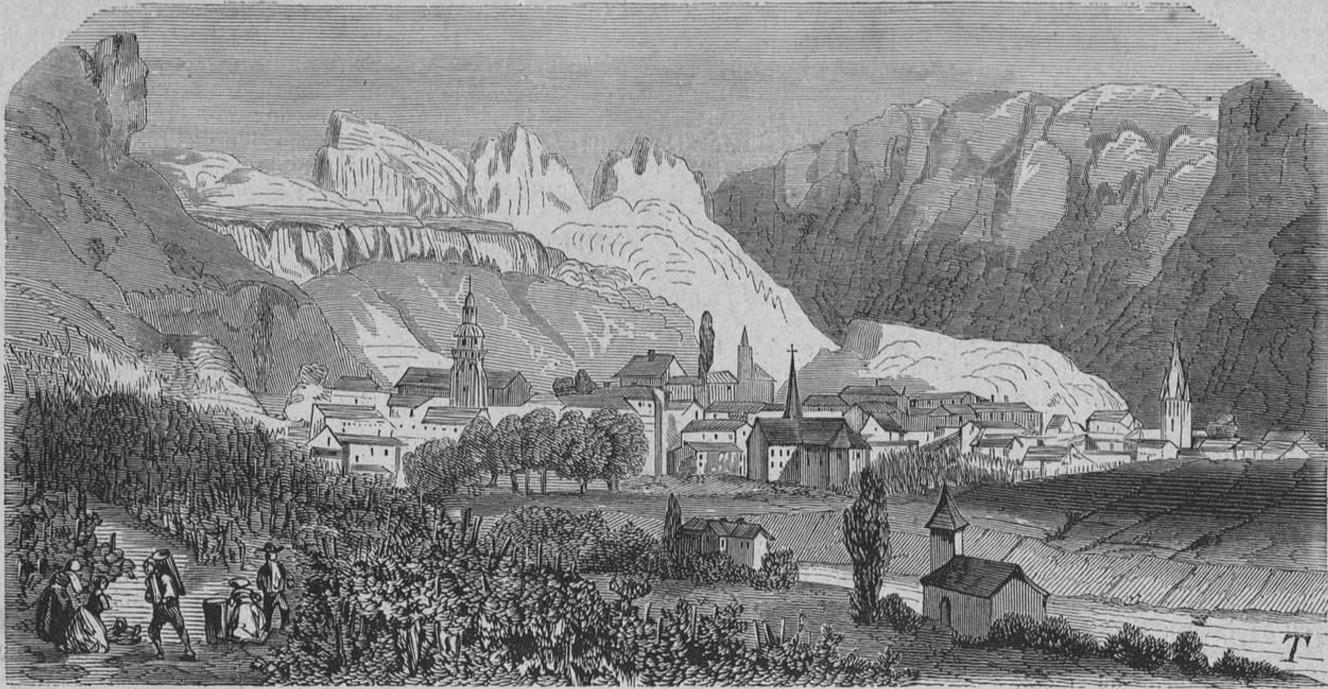
Azrael se sentía conmovido y consolado á medida que aquellos cantos llegaban hasta él. Al profundo abatimiento que poco antes le tenía prostrado, sucedió gradualmente una dulce esperanza, y por la primera vez acudió la oración á su pensamiento y á sus labios.

Arrodillóse sobre una ligera nube, sus blancas y delicadas manos se juntaron contra su pecho, levantó la cabeza, y su hermosa cabellera de oro se desplegó en largos rizos sobre sus hombros y su rostro.

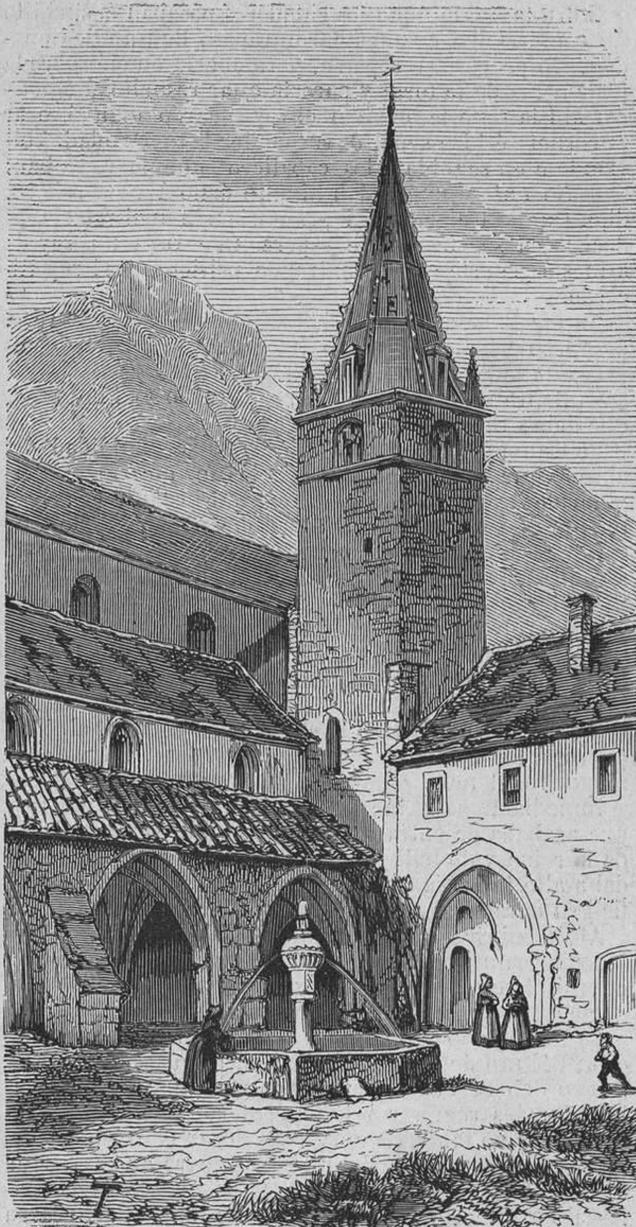
Cuando hubo terminado la ferviente plegaria que salía de su corazón, se levantó lleno de resignación y fuerza, y sacudiendo los pliegues de su blanca túnica impregnada de los vapores que se elevaban de la tierra contempló por algunos instantes con muda admiración los ríos de oro y púrpura, que el sol á su salida derramaba sobre las puertas orientales del cielo.

— ¡Os doy gracias, Dios mío, exclamó, por haberme restituído la esperanza y la fuerza: por haberos compadecido de mi rubor y de mi flaqueza! Gracias, por haber abreviado el tiempo de mis pruebas, cuando yo ingrato dudaba de vuestra misericordia. Gracias, pues voy á ocuparme en lo sucesivo en la obra de mi libertad, y en dirigir á vuestra santa morada la familia á que os plugo unir mi suerte. Y vosotros celestiales hermanos míos, quizás aun por mucho tiempo me veré separado de vosotros: unid pues vuestros ruegos á los míos, porque los ruegos suavizan las penas y alcanzan el perdón de las faltas.

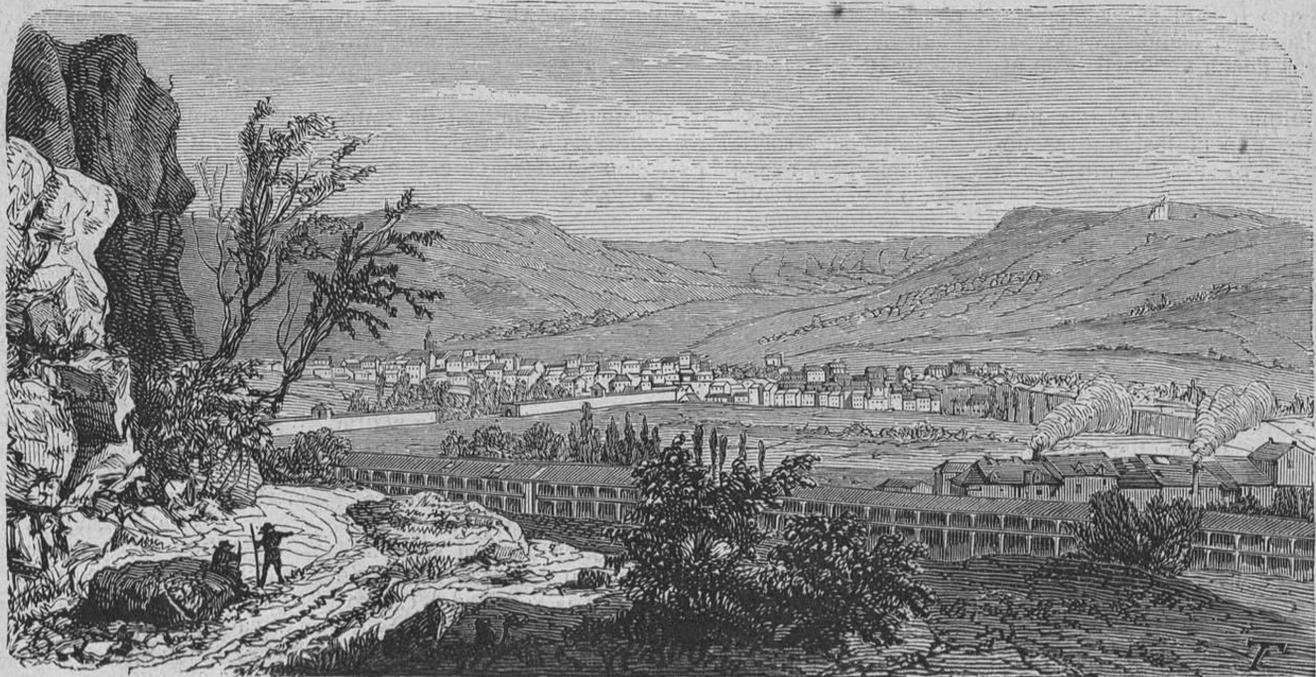
(Se concluirá.)



Viaje pintoresco por el nuevo ferro-carril del Jura. — Saint-Claude.



Abadía de Baume-les-Messieurs.



Lons-le-Saulnier.

## El nuevo FERRO-CARRIL

DEL JURA.

El Jura, la mas pintoresca, variada y curiosa de todas las cordilleras de montañas de la Francia (después de los Alpes y los Pirineos), mas ha perdido que ganado hasta hoy con el establecimiento de los caminos de hierro. Dos grandes vías férreas le atraviesan que conducen la una á Ginebra, por Amberieu, el valle de Albarina, Culoz y el valle del Ródano, y la otra á Neuchatel, por Arbois, Pontarlier y Val-Travers. Se via-

ja hoy con tanta prisa que no se concede un día á estos hermosos montes; lo que se desea es llegar á los Alpes. Pase cuando no hay tiempo; pero cuando le hay, no tiene disculpa.

La travesía del Jura era en efecto, en la época de la diligencia, la preparación mas útil y agradable de un viaje en Suiza, pues no solo se ejercitaban allí las fuerzas musculares, sino que el viajero se acostumbraba poco á poco á las grandiosas escenas de sus montañas. Al salir del Jura, los Alpes parecían mas bellos. Por mi parte nunca olvidaré las buenas horas que he pasado en el Jura. Cuando al nacer la aurora se bajaba á Dijon después de haber atravesado la Costa de Oro, solía descubrirse en el horizonte una especie de cono blanquecino sobre una larga línea azulada. Era el Monte Blanco, que dista mas de 45 leguas, y la línea azul el Jura. Antes de llegar habia que atravesar los vastos llanos ondulados de la Borgoña y del Franco Condado; el viaje era largo.

Frecuentemente, mis amigos y yo dejábamos la diligencia en Poligny, y con el morral al hombro y el palo en la mano, subíamos á pié la primera zona del Jura, caminata tanto mas penosa, cuanto que no seguíamos las largas sinuosidades de la vía. Sin embargo, ¡con cuánta alegría admirábamos aquellos espectáculos tan nuevos para nosotros, aquellos precipicios que dominábamos, aquellas peñas que parecía iban á desplomarse sobre nuestras cabezas arrastrándonos al abismo, aquellos verdes prados rodeados de sombra, aquellas espaciaosas llanuras que acabábamos de salvar y á cuyo extremo el sol se ocultaba á nuestra vista detrás de la cordillera de la Costa de Oro! El aire puro y vivo de la montaña reanimaba las cansadas fuerzas, y cuando por fin habíamos llegado á la cumbre de la primera zona del Jura, corriamos gozosos por la planicie un tanto pelada, donde la noche no tardaba en esparcir sus sombras misteriosas.

Mas al otro día por la mañana en Champagnole, adonde habíamos llegado en una oscuridad completa; ¡qué cambio de decoración! ¡qué transportes! ¡qué alegrías! Un hermoso río de aguas cristalinas se precipitaba en cascada por debajo de puentes pintorescos. Por todas partes se elevaban altas montañas cubiertas de abetos. Entonces nos precipitábamos en las selvas, donde caminábamos de sorpresa en sorpresa, sobre todo si, alejándonos á la izquierda del camino cerca de la Billaude, íbamos á visitar la cascada de Lemme, las fraguas de Siam, la cascada de Sirod, las ruinas del castillo Villain y el solitario valle donde brota el Ain al pié de una muralla de piedra coronada de árboles. Luego no dejábamos de pasar por Planches, cuyas cascadas son las mas hermosas de toda la cordillera. Pernocábamos en Sirod ó en Planches hace treinta años, en casas cuyas puertas no tenían cerraduras.

El tercer día, bien aguerridos ya, salíamos en busca de nuevas maravillas que fácilmente encontrábamos. Por do

quiera habia paisajes risueños ó austeros.

El Jura crecia á medida que íbamos subiendo. Mas allá de la pintoresca é industriosa poblacion de Morez, de la larga cuesta de Rous-ses, se principiaba á descubrir una de las cumbres mas altas, la Dôle, que está á 1,683 metros sobre el nivel del mar, y cuya ascension era el objeto de esta primera etapa.

Cerca del punto en donde se bifurcan sobre una planicie agreste y solitaria, los caminos de Saint-Cergues y de la Faucille, despues de haber atravesado la frontera francesa, si se sube á la Dôle hay que dejar el camino y trepar la cuesta ya en línea recta, ya en zigzags, hasta el punto culminante que apenas ocultan á la vista de distancia algunos abetos aislados.

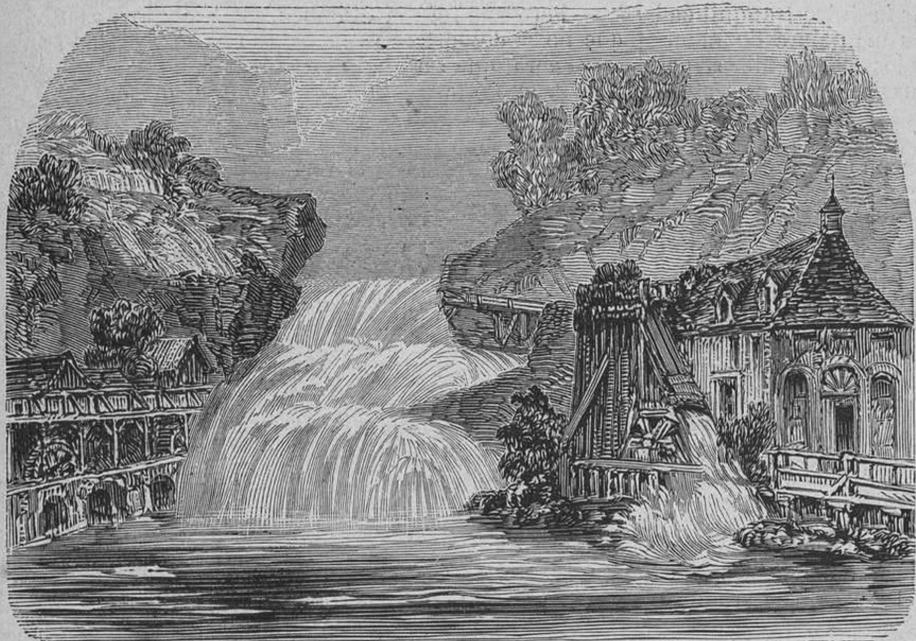
¡Quien no ha admirado el espectá-



Viaje pintoresco por el nuevo ferro-carril del Jura. — Poligny.

culo que se descubre desde tales cumbres no comprenderá jamás su descripcion! Los que conocen esto nos comprenderán con breves palabras. Cuando se llega por esa parte al punto culminante de la Dôle, se abraza con una sola mirada, además de los vertientes y los contrafuertes de la montaña, además de una parte del pais de Gex y del canton de Vaud, que se extienden por su base como un mapa, el lago de Ginebra entero, cuya circunferencia es de 154 kilómetros, y enfrente, á una altura que parece colosal, por encima de la aglomeracion de las montañas de la Saboya, toda la cordillera del Monte Blanco, resplandeciente con sus nieves eternas.

Las nieves, los hielos, el lago y el cielo se confunden cuando hace buen tiempo, en azulados matices, tan suaves



Aldea de Sirod.

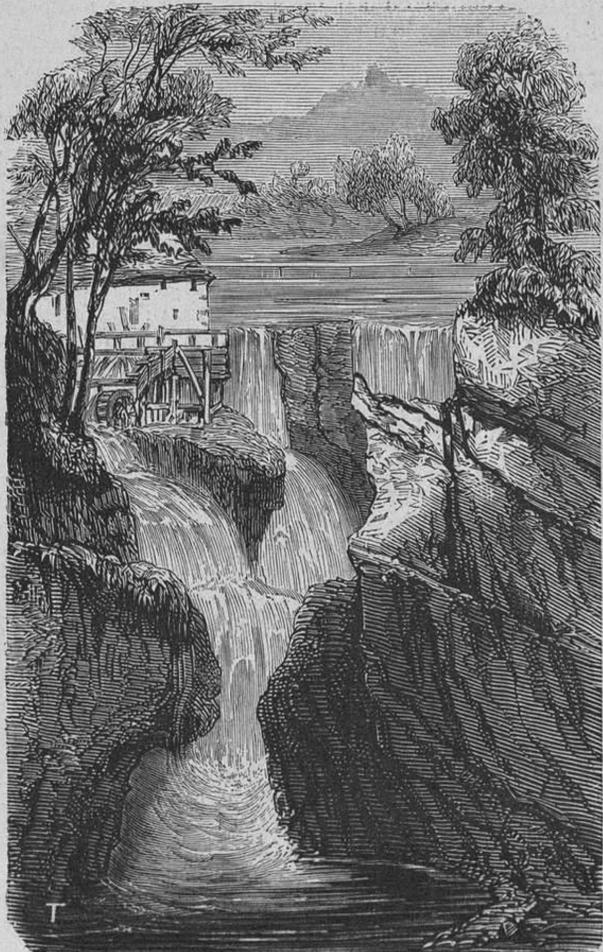


Castillo de Pressilly.

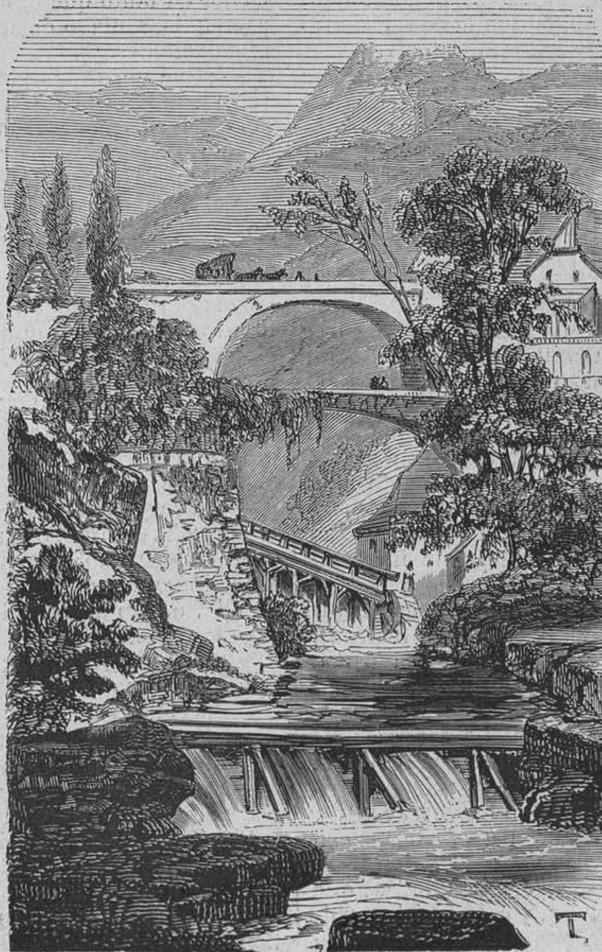
y vaporosos que al pronto apenas se distingue. Es un cuadro único en el mundo.

Volviendo la espalda á los Alpes, se abraza tambien con una sola mirada, casi toda la cordillera del Jura. El contraste es notable. A los matices azulados y brillantes del lago, de las nieves y los hielos eternos, suceden los tonos sombríos de las praderas y de los pinares. Mas allá de todas las zonas que se han escalado, de todas las planicies que ha habido que atravesar para llegar á la cumbre de la Dôle, se descubre en lontananza cuando el tiempo está claro, la cordillera de montañas de la Costa de Oro.

No solo el camino de Champagnole y de Morez debe recomendarse á los viajeros, sino que otras direcciones que



Planches.



Champagnole.

conducen al mismo punto, solicitan tambien la preferencia. Si se entra en el Jura por Lons-le-Saulnier se puede llegar á Saint-Claude por dos caminos igualmente interesantes. El uno atraviesa Orgelet y Moirans, dos pueblecillos entre los cuales se ven las bonitas ruinas del castillo de Pressilly, deja á la izquierda la antigua ciudad y el lago de Antre y sube hasta Saint-Claude el valle de Bienne. Por el otro camino se visita Clairvaux y Saint-Lapucin.

El trayecto de Saint-Claude á la Dôle es uno de los mas pintorescos del Jura. Despues de haberse elevado por un valle abundante en cascadas hasta la meseta Septmoncel, baja al bonito valle de Mijoux, de donde se sube á la Faucille para bajar, si se quiere, á Gine-

bra por Gex. De la Faucille se descubre una vista casi tan hermosa como la de Dôle.

Fuera de estos diversos caminos, ¡cuántas agradables excursiones no pueden hacerse en el Jura! De Lons-le-Saulnier á Pontarlier, de Clairvaux á Saint-Laurent, del Pont d'Ain á Bellegarde por Nantua. Por todas partes se encuentran iglesias ó antiguas abadías, curiosos monumentos, y sobre todo, sitios pintorescos.

El ferro-carril de Champagnole que acaba de abrirse (15 de julio de 1867), y que conduce al pié de la segunda zona del Jura, determinará á muchos viajeros á consagrar algunos días á la exploracion de esa hermosa cordillera de montañas que hasta ahora tan poco se han visitado.

A. J.

### Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¡Me gustan tanto, señor Bumble! repuso la matrona; ¡oh, no podeis figuraros cuánto me divierten! Es una verdadera sociedad para mí.

— Hermosos animales, dijo el bedel; son muy amigos de la casa.

— ¡Oh! sí, dijo la señora Corney con entusiasmo; estos son tan caseros que da gusto verles.

— Señora Corney, repuso el bedel con lentitud, tocando una marcha con su cuchara; me atrevo á decir que si un gato ú otro animal cualquiera, que pudiese vivir con vos, no tomase cariño á la casa, sería preciso que fuese un asno.

— ¡Oh, señor Bumble! exclamó la matrona.

— Es inútil disfrazar la verdad, repuso el bedel, balanceando su cuchara con un aire digno y tierno á la vez, que daba mas peso á sus palabras; yo tendria gusto en ahogar con mis propias manos al animal que se mostrase tan ingrato.

— Entonces sois muy cruel, replicó la matrona con viveza y alargando el brazo para tomar la taza del bedel; ¡es preciso que tengais el corazón muy duro!

— ¡El corazón duro, señora! exclamó Bumble; ¡el corazón duro!...

Y aprovechando el momento en que alargaba su taza á la señora Corney, oprimió el dedo pequeño de la dama; colocando despues la mano en la solapa de su chaleco galoneado exhaló un profundo suspiro, y separó un poco su silla del fuego.

La mesa era redonda, y como el señor Bumble y la señora Corney estaban delante de la chimenea, uno enfrente de otro y bastante próximos, se comprende fácilmente que el bedel, al apartarse del fuego, aumentaba la distancia que le separaba de la dama. Este proceder excitará sin duda la admiracion del lector, que de seguro ve en esto un acto de heroísmo por parte del señor Bumble; la hora, el lugar y la ocasion hubieran podido hacerle mas atrevido, poniendo en su boca palabras ligeras, muy convenientes en la boca de un aturdido, pero que cuadran mal con la dignidad de un magistrado, de un miembro del parlamento, de un ministro ó de un corregidor, y que se avienen mucho menos con el carácter grave de un bedel, que debe ser de todos los funcionarios el mas severo é inflexible.

Cualesquiera que fuesen las intenciones del señor Bumble (y sin duda alguna eran excelentes) la desgracia quiso que la mesa fuese redonda, segun ya hemos dicho. Así pues, el bedel, alejando poco á poco su silla del fuego, disminuyó insensiblemente la distancia que le separaba de la matrona, y á fuerza de hacer viajar á su silla al rededor de la mesa, llegó á colocarla junto á la de la señora Corney.

Las dos sillas llegaron á tocarse y entonces el bedel se detuvo.

En esta situacion, si la matrona retiraba su silla hácia la derecha, se metía en la chimenea, y si hacia un movimiento hácia la izquierda caía en los brazos del bedel. Esta alternativa no escapó á su perspicacia, y como mujer prudente, no se movió, contentándose con ofrecer al señor Bumble una segunda taza de té.

— ¡El corazón duro! repitió el bedel mirando á la matrona; ¡y vos, señora, teneis el corazón duro!

— ¡Dios mio! exclamó la matrona, ¡qué pregunta tan extraña por parte de un célibe! ¡Qué puede importarnos eso, amigo Bumble?

Este, sin contestar, apuró su taza de un sorbo, enjugó los labios y... abrazó valerosamente á la matrona.

— Señor Bumble, dijo en voz baja la discreta dama, pues el terror la quitaba el uso de la palabra; ¡señor Bumble, voy á gritar!

El bedel, sin hacer aprecio de aquella amenaza, pasó lentamente su brazo al rededor del talle de la matrona.

Como la dama habia manifestado la intencion de gritar, iba sin duda á poner por obra su amenaza, al ver tanto atrevimiento, cuando llamaron á la puerta con viveza.

El bedel se lanzó presuroso á coger las botellas, que habia vuelto á dejar sobre la mesa, y comenzó á envolverlas, en tanto que la matrona preguntaba secamente:

— ¿Quién llama?

Es de notar, y hé aquí un ejemplo curioso de la eficacia de una sorpresa repentina para atenuar los efectos de un gran temor, que la voz de la señora Corney habia vuelto á su rudeza acostumbrada.

— Señora, dijo una pobre anciana dejando ver su cabeza por la puerta, la vieja Sally está á punto de morir.

— ¡Y bien! ¿qué quereis que yo haga? preguntó la matrona con dureza; ¿puedo acaso impedir que se muera?

— No, señora, repuso la anciana, eso nadie puede hacerlo; ya no tiene remedio; yo he visto morir á mucha gente, hombres, niños y mujeres, y sé bien cuando llega la muerte; pero la vieja Sally está agitada cuando los accesos la dejan un momento de reposo, y en medio de su penosa agonía dice que tiene que decirnos una cosa que es preciso sepais. No morirá tranquila si no vais á verla, señora.

La digna señora Corney se deshizo en invectivas contra las viejas que no pueden morir sin importunar á sus superiores; cubrióse las espaldas con un chal, con que se abrigó cuidadosamente, y rogando al bedel que aguardase su vuelta, salió con la vieja de muy mala gana y se dirigió gruñendo á la habitacion de la moribunda.

Una vez solo el señor Bumble, entregóse á una operacion muy extraña. Despues de abrir el armario contó las cucharillas del té, pesó en sus manos la tenacilla del azúcar, examinó atentamente un gran cucharón de plata para asegurarse de la bondad del metal; y despues de satisfacer su curiosidad sobre estos puntos, se puso el tricornio al revés y comenzó á dar vueltas en derredor de la mesa, bailando gravemente sobre la punta de los piés. Despues de haber terminado este extraño ejercicio quitóse el tricornio y se sentó junto al fuego, de espaldas á la chimenea, con el aire de un hombre ocupado en formar exactamente el inventario de una casa.

### XXIV.

La vieja que habia ido á turbar la dulce tranquilidad de la matrona, era una verdadera mensajera de muerte. Encorvada por la edad, agitados los miembros por un temblor convulsivo, parecia mas bien una caricatura que un ser humano.

¡Ay, que son pocos los semblantes cuya hermosura conserva su encanto! Las satisfacciones, las penas, los sufrimientos, alteran las facciones á la vez que cambian el corazón; y hasta que las pasiones se adormecen, perdiendo su fuerza para siempre, no se disipa la nube ni adquiere la frente su celeste serenidad. Tal es con frecuencia el efecto de la muerte: frio y helado el semblante vuelve á recobrar esa expresion tranquila y pacífica que tenia en la primavera de la vida. El hombre torna á quedar en una calma tan pacífica, que aquellos que le conocieron en su feliz infancia, se arrodillan junto al ataúd llenos de respeto hácia el ángel que creen ver aun sobre la tierra.

La anciana subió la escalera tambaleándose, y encaminóse por los corredores, murmurando algunas palabras ininteligibles en respuesta á las reprensiones que le dirigia su compañera. Al fin tuvo que detenerse para tomar aliento, entregando la luz á la matrona, quien se dirigió hácia la habitacion donde se hallaba la moribunda.

Era una especie de granero apenas alumbrado por una miserable lámpara; otra anciana velaba junto al lecho, en tanto que el aprendiz del farmacéutico de la parroquia, sentado delante del fuego, estaba afilando un mondadientes.

— ¡Qué noche tan glacial, señora Corney! dijo el joven viendo entrar á la matrona.

— Glacial en verdad, repuso la dama con acento benévolo y haciendo una reverencia.

— Deberiais exigir mejor carbon de los abastecedores, dijo el aprendiz revolviendo el fuego con unas tenazas enmohecidas; este no es bueno para un tiempo semejante.

— Es el que elige la administracion, replicó la matrona; pero convengo en que debería ser mejor, pues nuestras funciones son de por sí bastante penosas.

Aquí la conversacion fué interrumpida por un gemido de la moribunda.

— ¡Oh! exclamó el joven mirando hácia el lecho, como si aquel gemido le hubiese recordado que habia allí una enferma; es el fin, señora Corney.

— ¿Lo creéis así?

— Me sorprenderia que viviese algunas horas, replicó el aprendiz aguzando su mondadientes; tiene todo el sistema destruido. Decidme, anciana, ¿duerme ahora?

Inclinóse la enfermera sobre el lecho para asegurarse de ello, é hizo una señal afirmativa.

— Puede ser que se quede en ese sueño si no metemos ruido, dijo el joven; poned la luz en el suelo para que no la vea.

Obedeció la anciana moviendo la cabeza, como para dar á entender que la enferma no moriría tan tranquilamente, y despues fué á reunirse con la otra vieja que acababa de entrar. La matrona con aire de impaciencia, abrigóse con su chal y se sentó al pié de la cama.

El aprendiz farmacéutico, despues de haber cortado su mondadientes, se instaló delante del fuego, mas al cabo de diez minutos comenzó á fastidiarse, y dando las buenas noches á la matrona salió de puntillas de la habitacion.

Las dos ancianas, despues de haber permanecido al-

gun tiempo inmóviles, se alejaron del lecho y fueron á colocarse delante del fuego para calentar sus descarnadas manos. La llama proyectaba un siniestro resplandor sobre sus arrugados semblantes, haciendo resaltar su espantosa fealdad.

— ¿Ha vuelto á decir alguna cosa mientras yo estaba fuera? preguntó una de las viejas á su compañera.

— Ni una palabra, contestó la otra; ha empezado á retorcerse los brazos, pero yo la sujeté las manos y se calmó bien pronto. Como no tiene fuerzas me ha costado poco trabajo, tanto mas cuanto que aun tengo bastante vigor, á pesar de mis muchos años y del régimen del asilo.

— ¿Ha bebido el vino caliente que recetó el médico?

— He tratado de hacérselo beber; pero tenia los dientes tan apretados, y mordia con tal fuerza el vaso, que apenas pude hacérselo soltar. Así pues, me lo he bebido yo, y me ha sentado muy bien.

Despues de haber mirado á su alrededor con precaucion para asegurarse de que no las escuchaban, las dos viejas se acercaron aun mas al fuego y continuaron charlando en voz baja.

— Recuerdo un tiempo, dijo la primera, en que ella no hubiera dejado de hacer lo mismo, y aun se habria reido despues.

— Sin duda, replicó la otra; era muy jovial. ¡Y cuántos cadáveres ha recogido, blancos como la cera! ¡Cuántas veces la ayudé en esa tarea!

Hablando así, la vieja sacó del bolsillo una misera caja de rapé, y despues de tomar un polvo ofreció otro á su compañera.

En aquel momento, la matrona, que habia esperado con impaciencia á que la moribunda saliese de su estupor, se acercó tambien al fuego y preguntó con voz ágría cuánto tiempo tendria que aguardar aun.

— No mucho, señora, contestó una de las viejas alzando los ojos; la muerte no acostumbra á hacernos esperar mucho. ¡Paciencia, paciencia! harto pronto llegará para todas nosotras, aun cuando somos muchas.

— ¡Callaos, charlatana! dijo la matrona con acento severo. Decid, Marta, ¿la habeis visto ya en ese estado?

— Varias veces, respondió la vieja.

— Pero esta será la última, repuso la otra; es decir, que no se despertará ya mas que una vez, y estad segura, señora, que será bien pronto.

— Pronto ó tarde, dijo la matrona de mal humor, no me encontrará aquí cuando se despierte, y os encargo tengais cuidado de no ir á molestarle para nada. No es de mis atribuciones el ver morir á todas las viejas de la casa, y así, que no vuelva á suceder, viejas bachilleras, ¡si volveis á incomodarme, ya me lo pagareis!

E iba á salir del cuarto, cuando un grito de las dos viejas la hizo volver la cabeza. La moribunda se habia incorporado y alargaba los brazos á la matrona.

— ¿Qué es eso? exclamó la moribunda con voz sepulcral.

— ¡Quieta, quieta! dijo una de las viejas inclinándose sobre la cama; ¡acostaos, acostaos!

— ¡No lo haré hasta que caiga muerta! murmuró la enferma forcejeando. ¡Es preciso que yo la hable! Acercaos... aun mas... quiero hablaros al oido.

Así diciendo, cogió el brazo de la matrona y la hizo sentar en una silla junto á la cama; y ya iba á hablar, cuando observando que las dos viejas se inclinaban sobre el lecho para no perder una palabra, exclamó con voz desfallecida:

— Mandadlas salir; ¡pronto, pronto!

Las dos viejas empezaron á lamentarse á cual mas, diciendo que la pobre enferma no reconocia á sus mejores amigas, y que no saldrian del cuarto; pero la matrona las echó fuera, y cerrando la puerta volvió junto al lecho.

— Ahora, escuchadme, dijo la moribunda en alta voz, como si hiciese un gran esfuerzo para hablar... En esta misma habitacion... en esta misma cama... yo asistí en otro tiempo á una hermosa jóven que habia sido conducida al asilo, con los piés destrozados por una larga marcha, y llenos de sangre y de polvo. Dió á luz un niño y murió. Dejadme reflexionar... que yo me acuerde en qué año fué.

— Poco importa el año, dijo la impaciente matrona... ¿Qué es lo que ibais á decir?

— ¡Ah, sí! murmuró la enferma cayendo en su somnolencia; ¿qué queria yo decir?... ¡Ya sé! continuó, incorporándose convulsivamente.

Su semblante se animó; sus ojos parecian saltarse de las órbitas, y murmuró:

— ¡Yo la he robado, sí, la he robado, cuando aun no estaba fria! ¡Os digo que la robé cuando aun no estaba fria!

— ¿Robado, el qué? ¡Hablad por amor de Dios! exclamó la matrona haciendo un gesto como para pedir socorro.

— ¡La cosa! contestó la moribunda poniendo su mano sobre la boca de la matrona, la única cosa que poseia. Aquella hermosa jóven no tenia ropa para guarecerse del frio, ni pan para comer, y sin embargo, guardaba aquello junto á su corazón. ¡Era oro, os digo que era oro verdadero! que hubiera bastado para salvar su vida.

— ¡Oro! repitió la matrona inclinándose vivamente hácia la moribunda, que caía desfallecida sobre el lecho... Continúa... ¡y bien!... Despues ¿quién era esa jóven madre? ¿Cuándo sucedió eso?

— Me habia encargado que lo guardase cuidadosamente, repuso la anciana exhalando un gemido lastimero. Ella me lo confió, porque no tenia á su lado á nadie mas que á mí. Desde el momento que lo vi en su

cuello, ya tuve la intencion de robarlo... y acaso yo tengo la culpa de la muerte del niño. ¡Mejor le habrian tratado si se hubiese sabido todo!

— ¿Sabido qué? preguntó la matrona; ¡hablad!

— Aquel niño se parecia tanto á su madre, continuó la moribunda, sin hacer aprecio de la pregunta, que yo no podia mirarle sin pensar en su desdichada madre. ¡Pobre mujer! ¡tan jóven, tan dulce! Esperad, no he concluido aun; aun no lo he dicho todo; ¿es verdad?

— No, no, dijo la matrona prestando atento oido para coger las palabras, que la moribunda pronunciaba con voz apenas inteligible. ¡Despachaos ó será demasiado tarde!

— La madre, continuó la anciana haciendo un esfuerzo aun mas violento que los anteriores, la madre al sentir que se moria, me dijo al oido que si vivia su hijo, y si era posible educarle, acaso algun dia le seria dado oír pronunciar sin ruborizarse el nombre de su madre. ¡Oh, Dios mio! exclamó juntando sus manos enflaquecidas, bien sea un niño ó niña, buscadle algunos amigos en este mundo miserable, y tened compasion de un pobre huérfano abandonado sobre la tierra.

— ¿El nombre del niño? preguntó la matrona.

— Se llamaba Oliverio, repuso la mujer con voz apagada; el oro que yo robé era...

— Si, sí, despues...

La matrona se inclinó presurosa hácia la moribunda para escuchar su respuesta; pero retrocedió instintivamente viéndola incorporarse una vez mas con lentitud, oprimir la colcha entre sus crispadas manos, murmurar algunos sonidos inarticulados, y caer sin vida sobre su lecho.

— ¡Muerta! exclamó una de las viejas, precipitándose en la habitacion apehas estuvo la puerta abierta.

— Y todo esto para nada, dijo la matrona alejándose con indiferencia.

Las dos viejas estaban probablemente demasiado ocupadas con los deberes fúnebres que tenian que cumplir, para que pensasen en contestar, y permanecieron solas junto al cadáver.

## XXV.

Mientras ocurrían estos sucesos en el asilo de mendicidad, hallábase el buen Fagin en su huronera sentado delante de la chimenea, teniendo en las rodillas un fuelle, con el cual acababa sin duda de activar el fuego. Completamente absorto en una profunda meditacion, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, contemplaba con aire distraído los viejos morrillos del hogar.

Detrás de él, el astuto *Truhan*, Charlot Bates y Chitling, estaban sentados delante de una mesa, jugando muy atentos una partida de whist. El *Truhan* hacia el muerto contra Bates y Chitling, y su fisonomia siempre inteligente, era mas interesante de contemplar en aquel momento á causa de la escrupulosa atencion que prestaba al juego y el cuidado que ponía en aprovecharse de la ocasion de lanzar una rápida mirada á las cartas de Chitling, teniendo el tacto de arreglar su juego segun las observaciones que habia hecho en el de su compañero. Como el tiempo era frio, tenia el sombrero puesto, costumbre que por lo demás le era familiar, y fumaba en su pipa, sin dejarla mas que para echar de vez en cuando un trago de aguardiente.

Tambien Bates estaba atento á su juego; pero como su carácter era mas activo que el de su digno compañero, recurría con mas frecuencia á la bebida, permitiéndose infinitas bromas y observaciones importunas, impropias en un grave jugador de whist. El *Truhan*, prevaleciendo de la estrecha amistad que los unía, dirigió mas de una vez á su compañero las mas serias reprensiones sobre su ligereza, pero Bates las recibía con la mayor frescura, limitándose á rogar á su amigo que fuese á meter la cabeza en un saco y otros chistes parecidos. Estas contestaciones, mas ó menos graciosas y oportunas, excitaban vivamente la admiracion de Chitling, siendo de notar que este y su compañero perdían siempre invariablemente, circunstancia que lejos de irritar á Bates, parecia por el contrario divertirle mucho. Al fin de cada jugada reíase con mas fuerza, declarando que jamás habia jugado tan á gusto.

— Perdemos la partida doble, dijo Chitling, poniendo muy mala cara y sacando del bolsillo media corona; jamás he visto una suerte como la vuestra, Jack; ganais todas las puestas, y por buenas cartas que tengamos Bates y yo, nada podemos hacer.

Esta observacion, ó tal vez el tono enojoso con que fué hecha, hizo tanta gracia á Bates, que sus carcajadas sacaron al judío de su contemplacion, y preguntó de qué se trataba.

— ¿De qué, Fagin? preguntó Charlot; quisiera que hubiéseis visto le partida; Chitling no ha hecho un punto, y yo era su compañero contra el *Truhan*.

— ¡Ah, ah! exclamó el judío con una sonrisa que demostraba conocer la razon sin esfuerzo; métete con ellos, Tom, métete con ellos.

— Gracias, ya me basta, Fagin, contestó Chitling; el *Truhan* tiene una suerte contra la que no se puede luchar.

— ¡Ah, querido! repuso el judío, hay que levantarse muy temprano para ganar á ese mozo.

El *Truhan* recibió aquel cumplido con mucha modestia, y ofreció sacar de las cartas, sin verlas, la figura que se le pidiese, jugando un chelin cada vez. Pero como ninguno quisiera aceptar el reto, y se hubiese apurado

su pipa, divirtiéndose en trazar sobre la mesa un plano de Newgate con el mismo yeso que marcara los puntos, silbando al mismo tiempo como una serpiente.

— ¡Sois fastidioso como la lluvia, Tom! exclamó despues de un largo silencio dirigiéndose á Chitling; ¿en qué os parece que piensa, Fagin?

— ¿Cómo quereis que lo sepa yo? contestó el judío dejando el fuelle; puede que piense en lo que ha perdido, ó en la casa de campo de donde acaba de salir. ¡Ah, ah! ¿es eso, querido?

— De ningun modo, replicó el *Truhan*, sin dejar á Bates tiempo de contestar; ¿qué dices tú, Charlot?

— Yo digo, repuso Bates riéndose, que estaba muy tierno con Betty; ¡mirad, ved como se ruboriza! ¡Dios mio, será posible! ¡Chitling enamorado! ¡Fagin, Fagin, con esa cabeza!

Y el buen Bates, ahogado por la risa, á la idea de que Chitling fuese víctima de una pasion tierna, se echó tan vivamente sobre su silla, que perdiendo el equilibrio cayó cuan largo era al suelo, sin que este accidente disminuyese en nada sus carcajadas, que comenzaron con mas fuerza cuando estuvo en pié.

— No hagais caso de lo que dicen, querido, dijo el judío lanzando una mirada al *Truhan* y dando á Bates un golpecillo con el fuelle; Betty es una jóven bonita; queredla, Tom, queredla.

— Yo no tengo sino una cosa que decir, contestó Chitling poniéndose muy colorado, y es, que eso á nadie le importa.

— Sin duda, repuso el judío; Charlot es un hablador y no debeis hacer caso de lo que diga; Betty es una hermosa jóven; haced cuanto os mande, Tom, y llegareis á ser rico.

— La prueba de que hagó lo que quiere, replicó Chitling, es que por seguir sus consejos me he dejado pescar; pero ha sido para vos un buen negocio, ¿no es cierto, Fagin? Y además, ¿qué importa estar seis semanas encerrado, tanto mas cuanto que hay que pasar por ello un dia ú otro? ¿No es cierto, Fagin?

— ¡Ah! sin duda, amigo mio.

— Y no os importará mucho volver allá, con tal de estar bien con Betty; ¿no es verdad, Tom? preguntó el *Truhan* haciendo una seña á Charlot y al judío.

— Pues bien, si me seria igual, repuso Tom encolerizado; yo quisiera saber quién puede decir otro tanto ¿no es cierto, Fagin?

— Ninguno, dijo el judío; ninguno de ellos, Tom; estad seguro de ello.

— Yo hubiera salido bien del negocio, si hubiese querido acusarla á ella, continuó Chitling montado en cólera; ¿eh, Fagin?

— Sin duda, querido, dijo el judío.

— Pero yo no he sido charlatan, ¿eh, Fagin? preguntó Chitling, que acumulaba pregunta sobre pregunta con la mayor volubilidad.

— No, no, repuso el judío; teneis el corazon demasiado noble para hacer esas cosas, querido.

— Decís bien, repuso Chitling, y puesto que tengo corazon no hay de qué reirse; ¿no es cierto, Fagin?

Viendo el judío que la cólera de Tom iba en aumento, aseguróle que nadie se burlaba de él, y como prueba de lo que decia, apeló al testimonio de Bates, el principal agresor; pero desgraciadamente, en el momento que Charlot abría la boca para decir que nunca fué su intencion burlarse, soltó una estrepitosa carcajada.

Chitling, creyéndose insultado, se lanzó sin mas preámbulo sobre Bates, dirigiéndole un puñetazo que aquel tuvo la destreza de evitar, pero que alcanzó al viejo judío en mitad del pecho, haciéndole vacilar y caer casi sin aliento, en tanto que Chitling se quedó sin saber qué decir.

— ¡Atencion! dijo de repente el *Truhan*: alguien viene.

Y cogiendo una luz dirigióse á la escalera.

La campanilla, agitada por una mano impaciente, se hizo oír de nuevo, y bien pronto vióse entrar al *Truhan*, que con aire misterioso dijo algunas palabras en voz baja al judío.

— ¡Cómo! exclamó Fagin; ¿él solo?

El *Truhan* hizo una seña afirmativa, y poniendo su mano delante de la luz, dió á entender á Bates que era tiempo de poner fin á sus bromas. Despues de cumplir con este deber amistoso, miró fijamente al judío esperando sus órdenes.

El viejo estuvo mordiéndose las uñas un momento con aire pensativo; la agitacion de su semblante revelaba que presentía alguna mala noticia. Por fin, levantó la cabeza y preguntó:

— ¿Dónde está?

El *Truhan* señaló con el dedo el techo é hizo ademán de marcharse.

— Si, dijo el judío, como contestando á una pregunta sobrentendida; hazle bajar. Vosotros, Charlot y Tom, salid de aquí sin hacer ruido.

Charlot Bates y su reciente antagonista obedecieron al instante, y todo se hallaba en el mayor silencio cuando el *Truhan* bajó la escalera con una luz en la mano, seguido de un hombre vestido de blusa, quien despues de pasear una mirada al rededor de la habitacion, quitóse una gran corbata que le oculaba la parte inferior del semblante, y dejó ver las facciones del flamante Toby Crackit, pero pálido, desfigurado, la barba larga y los cabellos en desorden.

— ¿Cómo va, Fagin? preguntó Toby, haciendo al judío una inclinacion de cabeza. Toma, *Truhan*, añadió, pónme ese tapacaras en donde pueda encontrarle luego. Así diciendo, levantóse la blusa, metió las manos en

los bolsillos, y acercando una silla al fuego, puso sus piés sobre los morrillos de la chimenea.

— Ved, Fagin, dijo, enseñando tristemente sus botas sucias; no se han limpiado desde... ¿sabeis desde cuándo? Pero no me mireis así, que todo llegará á su tiempo. Yo no puedo hablar de negocios sin comer ni beber; con que así, dadme alguna cosa para que pueda tomar por la primera vez, desde hace tres dias, un refrigerio con tranquilidad.

Fagin hizo seña al *Truhan* para que pusiese los viveres sobre la mesa, y sentándose enfrente del ladron, esperó á que se dignase hablar.

A juzgar por las apariencias, Toby no tenia prisa por llegar á las explicaciones, y el judío se contentó con observar pacientemente su rostro, en la esperanza de adivinar qué noticia tenia.

El semblante de Toby revelaba la fatiga y el abatimiento, mas sin carecer de su acostumbrada serenidad, y á pesar del desorden de su traje, el elegante Crackit parecia satisfecho de su persona.

Fagin, en el colmo de la impaciencia, le espiaba á cada bocado, paseando la habitacion de un extremo á otro sin poder dominar su inquietud. Pero todo fué inútil: Toby siguió comiendo sin hacer caso, basta que ya no pudo mas; entonces, haciendo salir al *Truhan*, cerró la puerta, echóse al coleteo un vaso de ginebra, y se dispuso á comenzar su narracion.

— Empezando por el principio, Fagin... dijo Toby.

— Sí, sí, interrumpió el judío acercando su silla.

Crackit hizo una pausa para beber, y despues de elogiar la calidad del ginebra, puso sus piés junto á la chimenea, de modo que pudiese ver sus botas, y continuo tranquilamente:

— Para empezar por el principio, ¿cómo está Guillermo?

— ¡Cómo! exclamó el judío, levantándose bruscamente.

— ¿No habeis tenido noticias? preguntó Toby palideciendo.

— ¡Noticias! replicó el judío, dando en el suelo una furiosa patada... ¿Dónde están Sikes y el muchacho? ¿Dónde están? ¿Qué les ha sucedido? ¿Están ocultos? ¿Por qué no se hallan aquí?

— El negocio ha fracasado, dijo tímidamente Toby.

— Ya lo sé, repuso el judío, sacando del bolsillo un periódico. ¿Y despues?

— Hicieron fuego, y el muchacho fué herido; nosotros tocamos retirada á través de los campos, franqueando fosos y empalizadas, y conduciendo á Oliverio entre los dos... Nos daban caza; ¡misericordia! todo el pueblo iba detrás de nosotros, y los perros á los alcances.

— ¿El muchacho? dijo el judío con voz ahogada.

— Guillermo le habia tomado á cuestras y huía mas ligero que el viento; pero nos detuvimos para llevarle entre los dos. La cabeza le colgaba, estaba helado, y como los que nos seguian iban á alcanzarnos, forzoso fué soltar al galopin y dejarle á la orilla de un foso, no sé si muerto ó vivo. Amigo, cada uno para sí, cuando se trata nada menos que de la horca.

El judío no quiso escuchar mas, profirió una espantosa blasfemia, y mesándose los cabellos se lanzó á la calle.

## XXVI.

El viejo judío llegó á la esquina de la calle antes de reponerse de la emocion que le causaran las noticias que le dió Crackit. No solamente no acertaba el paso, sino que iba cada vez mas aprisa con el aire de un hombre asustado, presa de una violenta agitacion. Un coche lanzado al galope estuvo á punto de derribarle, y los gritos de los transeuntes, avisándole del peligro que corria, le hicieron pasarse á la acera.

Despues de haber evitado en lo posible las grandes calles, encaminándose por callejuelas y oscuros pasadizos, llegó por fin á Snow-Hill y una vez allí, apresuró el paso hasta meterse en una callejuela, donde encontrándose ya en su elemento, volvió á su paso ordinario.

En la confluencia de Snow-Hill, á mano derecha, al salir de la Cité, se halla un estrecho y sucio pasaje que conduce á Saffron-Hill.

Allí se ven en miserables tenduchos enormes paquetes de telas de todas clases que se venden de lance; es el punto donde habitan los prenderos que compran los efectos á los ladrones, y encima de las puertas y debajo de las ventanas se ven colgados todos los géneros expuestos para la venta.

Aquel pasaje, ó mejor dicho, aquella colonia comercial, tiene su existencia particular; hay una barberia, café y taberna, y es para todos los rateros de baja estofa un verdadero mercado, donde por la mañana y por la noche se ven silenciosos mercaderes que tratan de sus negocios en oscuras trastiendas, y se van á hurtadillas como han venido.

Allí, lo mismo el comerciante en trajes que el de telas ó trapos, expone su mercancia como una muestra para el ratero, y montones de huesos, pedazos de hierro viejo, ó trapos, se pudren ó enmohecen en negras y húmedas cuevas.

Tal era el pasaje donde el judío acababa de entrar: era sin duda bien conocido de los sucios habitantes de aquel lugar, pues todos los que estaban en el dintel de las puertas, lo mismo vendedores que compradores, saludábanle familiarmente al pasar con una inclinacion de cabeza.

El judío contestaba á todos del mismo modo, pero no se detuvo hasta llegar al extremo del pasaje, para dirigir la palabra á un chalan de pequeña estatura, que sentado delante de su tienda fumaba en una pipa muy tranquilamente.

(Se continuará.)

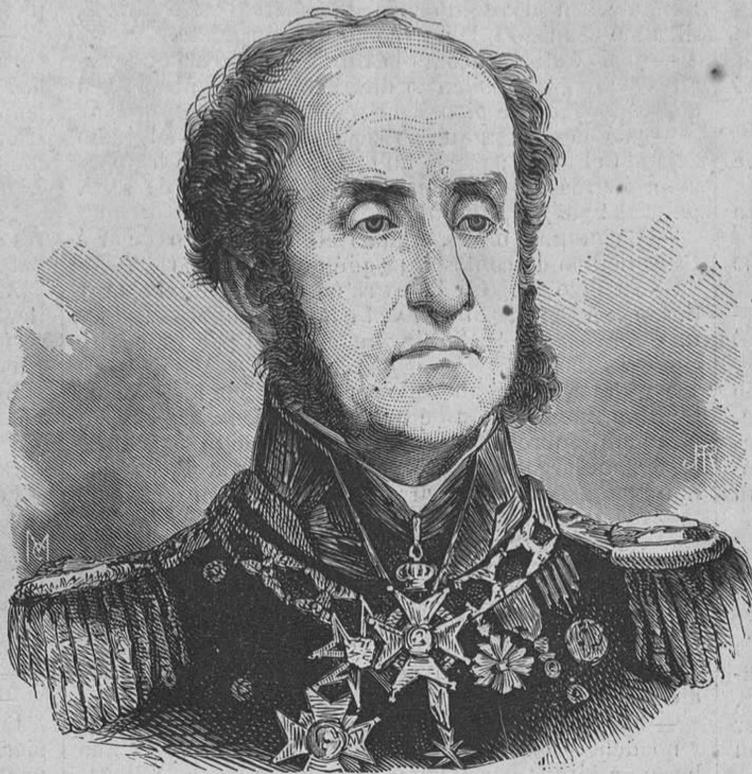
**El conde de Molin**

Y SU MOTOR ELECTRO-MAGNÉTICO.

El conde Antonio de Molin, nacido en Venecia el 28 de mayo de 1796 y muerto en Paris el 27 de agosto de 1866, por la ilustracion de su familia, y mas aun por sus eminentes facultades, estaba llamado á brillar en primer puesto en todas las carreras, pero la ciencia, que amaba con pasion, vino á ser el culto de su vida.

Ultimamente habia concentrado todas las fuerzas de su inteligencia sobre el problema de la aplicacion de la electricidad á la produccion de la fuerza mecánica; y ya tocaba al fin de sus esfuerzos cuando la muerte le sorprendió en la plenitud de una vejez vigorosa.

Desde hace cuarenta años ha sido este gran problema el objeto de numerosas y perseve-



El conde de Molin.

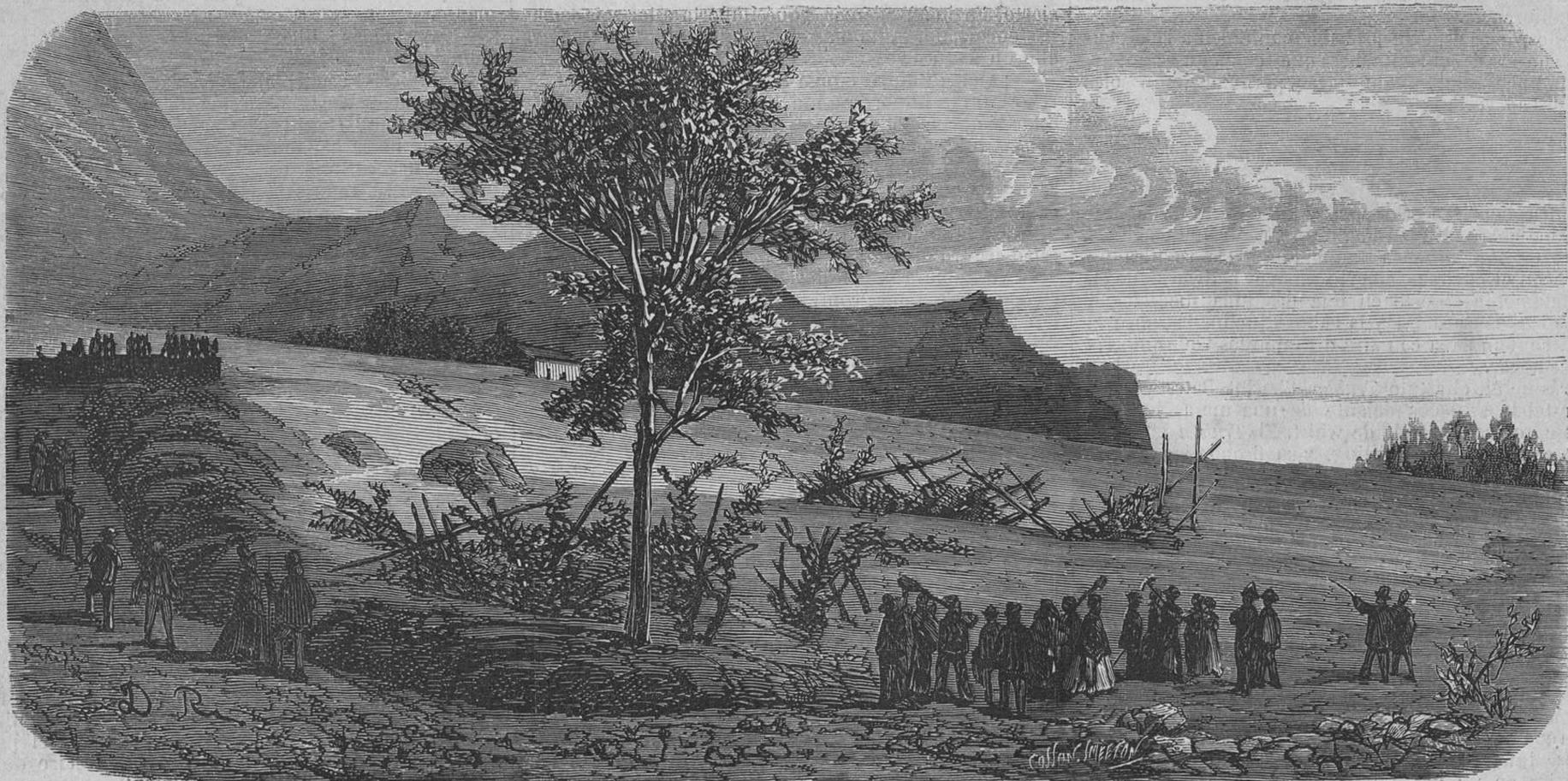
rantes investigaciones, de las cuales ninguna ha tenido hasta hoy un feliz resultado. Sucesivamente hemos visto desfilar los electromotores de Jacobi, de Wagner, de Paine, de Page, de Froment, de Marie-Davy, de Larmenjat y Roux, de Allan, de Bourbouze, infructuosamente: la gloria de un éxito completo parecia reservada al conde de Molin.

Su motor, simple y macizo, es una rueda vertical de bronce armada en cada uno de sus flancos de 16 armaduras que ceden alternativamente á la atraccion de dos series de 16 electro-ímanes fijados en dos círculos concéntricos paralelos á la rueda en su posicion de reposo y levantados verticalmente el uno á la derecha y el otro á la izquierda.

El conde de Molin habia instalado su último aparato en una barca del lago del bosque de Boulogne, animándole con una pila de Bunsen de 20 elementos. El barco que habia elegido era formidable para un motor de tan limitadas dimensiones. No era ya una experiencia de gabinete, sino un verdadero trabajo que se efectuaba en las mejores condiciones.

Emprender con sus propios recursos, sin subvencion alguna, la solucion del mas difícil de los problemas á la órden del dia, con la resolucíon, en caso de buen éxito, de poner su privilegio en el dominio público, es dar un gran ejemplo. El conde de Molin, que habia recibido ya sus cartas de naturalizacion, habria obtenido seguramente los honores del Senado.

F. M.



Torrente de lodo en el pueblo de Saint-Ismier (Francia).

**Torrente de lodo**

DEL PUEBLO DE SAINT-ISMIER (FRANCIA).

Hé aquí un grabado que representa el terrible fenómeno que acaba de ocurrir en el pueblo de Saint-Ismier y del que han hablado estos dias los periódicos.

En el sitio llamado Arcousses, perteneciente al pueblo de Saint-Ismier, en medio de los bosques comunales, una vasta extension de terreno que formaba un valle ancho y profundo, reblandecido por lluvias abundantes y por dos arroyos que bajan del monte Saint-Eynard, se puso en movimiento sobre una superficie de unas diez hectáreas: el espectáculo producía un efecto espantoso.

El suelo se abrió en surcos profundos, agitándose todo como por un terremoto, y en la parte inferior se formaron varias corrientes de una espesa mezcla de lodo, de piedras y yuba, que corrian lentamente con un ruido sordo hasta el torrente del Abi que atraviesa diferentes aldeas.

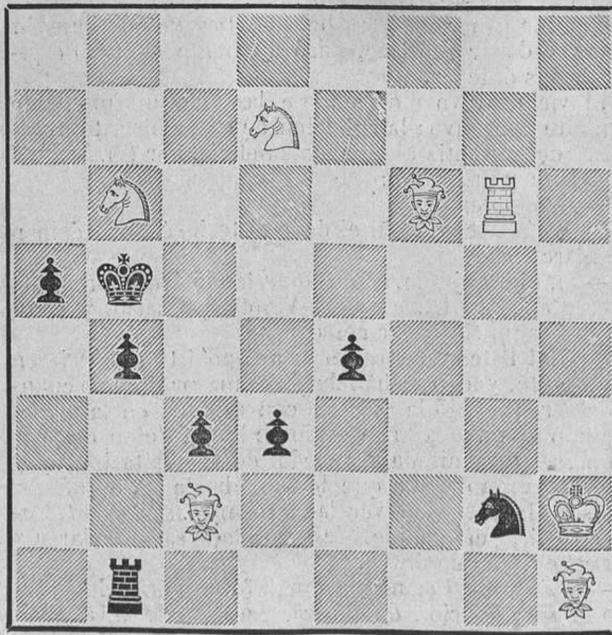
Como este movimiento de tierra tomó proporciones alarmantes, el alcalde de Saint-Ismier pidió auxilio á Grenoble. El ingeniero M. Margot pasó á los lugares é inmediatamente ordenó que se hicieran atajos para poner en salvo las casas mas amenazadas. Ciento sesenta hombres de la guarnicion fueron enviados de Grenoble para prestar socorro. El general Monet que tambien examinó los lugares, pudo convencerse de la inminencia del peligro.

Supónese, no sin razon, que el suelo interior de este

**Problemas de ajedrez. (1)**

PROBLEMA NÚMERO 245, POR M. KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

valle se halla formado de una capa de peña viva sobre la cual se han reunido cantidades considerables de agua que levantan todo el terreno de encima, le descomponen empapándole y le empujan sin cesar á bajar al llano, bajo la forma de cascadas de lodo.

El canal del torrente estaba lleno y el fango que pasaba por encima del dique comenzaba á inundar las tierras contiguas.

Este suceso va á causar pérdidas inmensas á los habitantes, y se espanta uno cuando piensa en el desastroso efecto que producirá la primera lluvia que venga á desleir y á poner en movimiento tan considerable masa.

L. C.

(1) Solucion del número 244.

- 1 A 3ª R R toma A
- 2 Rª 3ª TR jaque R 5ª AR
- 3 T 2ª AR jaque-mate.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.